

UN
PUITO
RINNE[®]



JAVIER GURB

UN PUTO RUNNER

Javier Gurb

© 2018, Javier Gurb.
Todos los derechos reservados.
Corrección: Julia S. León
Diseño: Mercedes Amendola
Maquetación: Alberto Martín Garrido
javiergurb@gmail.com

A los que corren con pasión, a los que corren por afición y a los que no correrían ni aunque les persiguiera un dragón.

ÍNDICE

1. Daenerys, madre de dragones
2. Back to the 80's
3. Gitaneo wapo
4. Vietnam
5. Nessie
6. El conejo de la suerte
7. Retrato robot
8. El Cangrejo
9. Evacuación
10. El bolsillo mágico
11. Dancin' Donuts
12. Réquiem por un sueño

Intentarlo es el primer paso hacia el fracaso.

—Homer Simpson

1

El azúcar, la gelatina y el jarabe de glucosa son algunos de los ingredientes que conforman el cuerpecillo rechoncho de cualquier osito de gominola. Los diez ositos que Frank está a punto de ingerir, además, contienen una notable cantidad de metanfetamina, hachís, LSD, ketamina, estramonio, éxtasis, ayahuasca y un popurrí de setas alucinógenas, entre otras sustancias tradicionalmente desdeñadas por los fabricantes de *chuches*.

Km 0,00 A menos de veinte minutos para que empiece la carrera, Frank trata de comprender cómo demonios se ha podido olvidar de embadurnarse los pezones con vaselina. Tampoco se ha puesto en la cara interna de las nalgas —otra zona de su anatomía hipersensible a las rozaduras—, pero lo que más le preocupa es terminar con la camiseta ensangrentada y sus delicados pezones como dos tomates *cherry*. De cualquier modo, «esto de hoy es una guerra, y si hay que sangrar, se sangra; y si hay que morir, se muere», piensa, poniéndose grandilocuente y adoptando una expresión facial bautizada por su mujer como «cara de puñetazo».

Perdido entre una marea humana de más de seis mil personas, se encuentra flanqueado por un chico que —tras perder una apuesta— participa disfrazado de Peppa Pig; una aspirante a *influencer* haciendo un directo para dos seguidores; un descerebrado que pretende correr los diez kilómetros con su hámster en el bolsillo, y una animosa anciana de ochenta y nueve años en chándal y silla de ruedas. La mujer va acompañada de su nieta, cuyas fibrosas piernas evidencian que debe llevar corriendo bastante más tiempo que los tres meses y medio escasos que lleva haciéndolo Frank, mientras que la desmesurada amplitud de su espalda permite aventurar que lo de participar en carreras populares empujando la silla y los ciento veintisiete kilos de doña Petra, tampoco es la primera vez que lo hace.

Nervioso y concentrado a partes iguales, consulta por enésima vez la hora en su *smartwatch* GPS con pulsómetro de 599 euros —solo 199 declarados ante su mujer—. «Por fin», piensa. Quedan exactamente quince minutos para que suene el pistoletazo de salida, así que, siguiendo las instrucciones del

estrafalario doctor/chamán/alquimista psicodélico Tangakwunu Van der Zwaanswijk, Frank hace de tripas corazón y empieza a comerse, uno detrás de otro, los diez misteriosos ositos de gominola que el propio doctor le suministró. Diez ositos negros como el asfalto sobre el que descansan sus espectaculares zapatillas de pronador severo, y cuyas propiedades milagrosas deberían ayudarle a superar sus límites, sus miedos, sus barreras mentales y, sobre todo, a cruzar la línea de meta antes que su odiado Oliver Ojeda — único motivo por el cual se encuentra ahí disfrazado de atleta olímpico ultraprofesional, en lugar de estar tirado en el sofá de su casa viendo la Fórmula 1 y engullendo torreznos.

Acto seguido, aún con trocitos de gominola por tragar y los dientes — relativamente blancos hacía un minuto— del color de una cucaracha nadando en un cubo de petróleo, mete la mano en uno de los bolsillos de rejilla de sus *shorts* con tecnología *Ultralight Second Skin 4D Ionic Motion Plus Wild Fox 360 Sensation Xtreme Thunder (Premium Edition)* y saca una pequeña fotografía de un dragón, a lomos del cual cabalga la todopoderosa Daenerys Targaryen con su platinada melena al viento. Tal como le ordenó el doctor Van der Zwaanswijk, se queda mirando fijamente la estampa que él mismo le proporcionó.

Transcurridos treinta segundos, y con la imagen grabada a fuego en la retina, vuelve a meterse la fotografía en el bolsillo, cierra los ojos y, esforzándose sobremedida para aislarse de la algarabía general, empieza a repetir para sí mismo: «Soy un dragón y vuelo. No conozco el cansancio, no conozco el dolor, no conozco la derrota, mi único rival soy yo, y quien ose atacarme arderá entre el fuego de mis fauces». En realidad, Frank se encargó en su día de la adaptación al español, pues la frase original que el doctor — cuyo dominio de la lengua de Cervantes no parecía su mayor virtud— le pidió que repitiera, rezaba algo así como: «Yo ser dragón volante. No me cansa, no me duela dolor, no nadie ningún puede ganar mí, y yo ser únicamente enemigo de mí, que quemó a ti con fuego de dragón si tú haces mí algo mala».

Tras casi trece minutos de absoluta concentración repitiendo el mismo mantra una y otra vez, con la sensación de tener el estómago relleno de lava y un extraño hormigueo en las axilas, el ombligo y la zona escrotal, Frank abre los ojos justo cuando el *speaker* de la organización da por iniciada la carrera con un motivador e ininteligible grito de guerra. Miles de corredores

responden alzando los puños y gritando de forma igual de ininteligible. Al mismo tiempo, empieza a sonar a todo trapo un *remix* de *Dame melones* —el tema con más papeletas para convertirse en la canción del verano—, que hace que la gente se vuelva definitivamente majara.

Antes de dar el primer paso, con el cuerpo cada vez más alborotado y todavía medio cegado por la intensidad del sol de aquel sábado de principios de verano, Frank toca un botoncito de su espectacular reloj y el cronómetro empieza a correr.

Km 0,10 Lejos de sentirse como un dragón indestructible volando hacia la meta, se pasa los primeros metros trotando entre arcadas, gases, sudando de forma descontrolada y viendo lucecitas de colores que le impiden distinguir con claridad dónde coloca los pies.

Km 0,13 Después de pisarle el tobillo al chico de delante por quinta vez en medio minuto, este se harta y le dice que una vez no pasa nada, que dos vale, que tres también, que cuatro todavía tiene un pase, pero que a la próxima se gira y le pisa los huevos, a ver si le gusta.

Km 0,15 Rombos de color fucsia, tréboles fluorescentes, pececillos brillantes, lechuzas de neón... Poseído por un horrible malestar, las lucecitas se van apoderando del campo de visión de Frank.

Km 0,16 Tras un sexto y especialmente doloroso pisotón de tobillo, esta vez casi a la altura del gemelo, el chico de delante —Óscar según su dorsal— se gira y, después de correr algunos metros de espaldas echando pestes por la boca, detiene su marcha, salta para coger impulso y multiplicar la capacidad destructiva y cae con los dos pies sobre el izquierdo de su agresor reincidente.

Km 0,17 Fruto de la alteración general de su organismo y del dolor provocado por el tremendo pisotón del tal Óscar, un pequeño riachuelo de vómito negruzco se escapa entre los dientes de Frank, que probablemente se habría desmayado de no haber sido atropellado brutalmente por la silla de doña Petra.

Con la cara magullada descansando sobre el asfalto, un desconcertado Frank intenta enfocar la vista en el trocito de incisivo roto posado a escasos centímetros de su nariz. El número y la intensidad de las lucecitas han disminuido, pero ahora contempla con una amplia sonrisa cómo David el gnomo —uno de los personajes de dibujos animados que más adoraba de pequeño— agarra el trozo de diente con las dos manitas y se pone a cantar y

a bailar la canción de apertura de la serie.

Mientras, la nieta de doña Petra recoloca la silla y se dispone a quitarle de encima a su abuela, que yace cómodamente sobre la espalda de Frank riendo a mandíbula batiente. La mujer no puede evitar carcajearse al comprobar que está entera y concluir que, efectivamente, aquel hombre extraño sobre el cual se halla tumbada es el primero con quien lo hace desde la muerte de su Carmelo allá por 1993.

—¿Ey tío, estás bien? —le pregunta un chico que se ha parado a auxiliar a los accidentados.

—*Soooy siete veces más fuerte que tíúú y veloooz...* —canta Frank, en su mundo y sudando como si le acabaran de echar un barreño de agua por encima.

—En serio, tío, ¿te encuentras bien? ¿Quieres que avise a alguien de la organización?

—*Soooy un gnooomooo, el más anciano deeel lugaaar, uso hierbas que yo sééé que pueden curaaar...* —No recuerda cómo se llama ni qué hace ahí tumbado, pero la sintonía de David el gnomo la canta con mayor fluidez que antes de tragarse aquellos diez ositos cuyos efectos están empezando a hacerse notar. Evidentemente, no son los efectos que le prometió el doctor Van der Zwaanswijk, pero lo que está claro es que, por lo menos, aquellas gominolas mágicas por las que pagó la nada despreciable cantidad de dos mil euros no eran un simple placebo.

Para poder afrontar tamaña inversión sin que su mujer lo descubriera, Frank tuvo que tomar una de las decisiones más dolorosas de su vida: poner a la venta la práctica totalidad de las réplicas de *airsoft* que conformaban su impresionante colección. Pistolas, rifles, fusiles de asalto... A escondidas de Raquel, consiguió sacarse de encima hasta dieciséis réplicas en poco más de un mes, quedándose tan solo con aquella por la que sentía un mayor cariño: la *Desert Eagle* plateada con la que se enfrentó a Ojeda en el último combate que libraron antes de que sus esposas les prohibieran terminantemente volver a practicar *airsoft* bajo amenaza de divorcio.

Realmente, Frank se había obsesionado hasta un nivel enfermizo con aquello de *jugar a la guerra*, y las salvajes peleas que mantenía con su enemigo acérrimo y vecino de urbanización eran cada vez más frecuentes y sangrientas. La última de ellas, tras la cual uno acabó en la UVI y el otro en la UCI, fue sin duda la gota que colmó el vaso. Obviamente —de haber

dependido de ellos—, nada más salir del hospital habrían continuado disparándose bolitas de plástico y peleándose por cualquier memez en aquella pueril guerra de odio; pero después de sendos ultimátums, tanto Frank como Ojeda prefirieron conservar sus matrimonios.

Sin embargo, apenas un año después de la pelea en la que estuvieron a punto de perder la vida al caer rodando por un terraplén mientras intentaban estrangularse mutuamente, los dos guerreros vuelven a estar listos para el combate. Han cambiado los trajes de soldado, por camisetas de tirantes y pantaloncitos cortos; las botas militares, por zapatillas deportivas; las réplicas de todo tipo de armas, por pulsómetros multifunción; el campo de batalla, por el asfalto de la ciudad..., pero lo que no ha variado es el profundo desprecio que sienten el uno por el otro, el odio visceral que se profesan y la sed de venganza que ambos albergan en su interior. Así pues, la carrera de diez kilómetros que acaba de comenzar no es más que una nueva —y quién sabe si definitiva— batalla de la que tan solo uno puede salir victorioso.

* * * * *

Transcurridos cuatro minutos desde que los atletas empezaron a correr por las calles de Barcelona, y habiendo recorrido 0,17 kilómetros según su GPS, la frecuencia cardíaca actual de Frank es de 134 pulsaciones por minuto; su nivel de lucidez estimado, de 23 (sobre 100) y los daños sufridos, por el momento, son: dolor agudo por aplastamiento en empeine y dedos del pie izquierdo; diversos hematomas en la parte posterior de las extremidades inferiores por atropello a baja velocidad; magulladuras de escasa gravedad repartidas por cara, codos y rodillas y, finalmente, rotura del incisivo central superior izquierdo por impacto contra el pavimento.

No necesito una razón para odiar.

—Marilyn Manson

2

Gracias a la inestimable ayuda del chico —David según su dorsal—, Frank consigue reincorporarse, mientras que el otro David —el gnomo— mete el trozo de diente en un diminuto fardo y se esfuma a lomos de Swift, el zorrillo que le acompañaba en todas sus aventuras huyendo de los malvados troles.

—¡Guárdame bien el diente, David! ¡Confío en ti! —grita Frank, mirando al horizonte y saludando a la nada con ambas manos ante la perplejidad del David de carne y hueso, que intenta atar cabos mientras se pregunta cuántos kilos de cigarrillos hay que fumar al día para llegar a tener esa dentadura.

—Te has roto un diente, ¿verdad?

—Zí —responde Frank, aflautando la voz y obsequiando al chico con una tan amplia como inquietante sonrisa para mostrarle el estropicio que se acaba de hacer, en un gesto similar al que haría cualquier criatura explicándole a su abuelita que se le ha caído el primer diente.

—Y... ¿has encontrado el trozo? —pregunta el joven, tratando de disimular la grima que le da la cavidad bucal de Frank.

—Lo tiene David.

—¿David?

—Zí.

—¿Quién es David?

—David.

—Ya, sí, David, pero... ¿quién es? ¿Un amigo tuyo? ¿Tu hermano? —Intenta averiguar el chico, incapaz de dejar tirado a un desorientadísimo Frank en medio de aquella vorágine de atletas no profesionales corriendo alrededor.

—Se ha ido. ¿No lo has visto? —balbucea mientras se rasca los genitales sin ningún pudor—. Es muy bajito, y simpático, y lleva un gorro rojo, como Papá Noel.

—Aha... ¿y también está aquí corriendo? —Ante la no respuesta de Frank, que permanece absorto mirándose los pies y las manos como si

acabara de descubrir que tiene dos de cada, el chico prosigue en su intento de esclarecer quién es el misterioso David—. Mira, yo también me llamo David. ¿Quieres...? ¿Quieres que te ayude a buscar el diente? Así el dentista te lo podrá colocar.

—No. Se lo ha llevado en el zorro.

—¿Quién?

—David.

—¿David se ha llevado tu diente?

—Zí.

—¿En un... *zorro*?

—Zí.

—¿En un zorro, o... en un *forro*? Te refieres a que... igual lo ha forrado con algo, ¿no? Quizá se lo ha llevado envuelto en un papel, o algo así, ¿verdad? —especula el chico, cada vez más convencido de que Frank va drogado hasta las cejas.

—Zí... No —responde dubitativo mientras se cuenta los dedos de la mano izquierda una y otra vez, soltando una carcajada cada vez que llega al quinto.

—A ver... —Armándose de paciencia, el joven intenta sacar algo en claro a partir de los escasos datos que le ha proporcionado su disperso interlocutor—. ¿Puedes aclararme lo del zorro? Es que no te sigo, o sea... ¿a quién te refieres cuando hablas del zorro?

—A Swift.

—¿Swift?

—Zí. Tiene un pelo muy bonito. A mí me gusta cantar —dice Frank, saliendo por peteneras.

—Aha... Muy bien, pero... ¿quién tiene un pelo muy bonito?

—Zí.

—¿Sí, qué?

—Que tiene un pelo muy bonito.

—¿Quién?

—Swift.

—Ehm... ¿Taylor Swift? —pregunta el chico, con el cerebro a punto de implosionar. Como es lógico, a sus veintiún años no tiene ni la más remota idea del nombre del zorro en el que viajaba su tocayo y protagonista de aquella serie de dibujos de mediados de los ochenta que no ha visto en su

vida.

Pero de pronto, Frank sale pitando y deja al joven con la palabra en la boca. En un chispazo de lucidez, acaba de recordar que está participando en una carrera y se pone a correr como alma que lleva el diablo —lo cual habría sido un gran avance de haberlo hecho en el sentido correcto.

Km 0,19 Mientras su GPS continúa sumando metros recorridos a toda velocidad, él se va alejando de la meta entre un concierto de insultos pronunciados en una interesante variedad de idiomas: castellano, catalán, flamenco, ruso, urdu, euskera... Incluso se dejan oír un par de oprobiosos denuestos en celtíbero y en esperanto.

Km 0,20 Colisiona contra el guía de un chico invidente, que le suelta un cate —el chico invidente— por haberle dado el susto de su vida —aclara.

Km 0,21 Colisiona contra una mujer con más de veinticinco años ejerciendo como instructora de defensa personal. En cuestión de segundos, Frank se lleva de recuerdo un rodillazo en el abdomen, un mamporro en la cabeza, un tortazo en la oreja y un puntapié en los testículos.

Km 0,22 Colisiona contra un activista anti *runners* que muestra un sarcástico cartel sujeto al palo de una escoba. Reza así: «VAYA VAYA, OTRA CARRERITA... QUÉ CURIOSO, SI NO HACEN CASI NINGUNA... OTRA VEZ LAS CALLES CORTADAS. OTRA VEZ LOS DERECHOS DE LOS CIUDADANOS PISOTEADOS POR ESTOS ATLETITAS DE CHICHINABO. Y TODO CON LA CONNIVENCIA DEL AYUNTAMIENTO. ¡¡BASTA YA!! ¡¡¡RUNNERTERRORISTAS A LA CÁRCEL!!!». Casi más alterado que el propio Frank, el hombre le parte el palo en la cabeza.

Km 0,23 Colisiona contra un señor que va corriendo de espaldas. El pobre hombre está a punto de morir desnucado; pero lejos de soltarle una retahíla de improperios, una especie de conexión empática con Frank —que en definitiva está haciendo lo mismo que él pero a la inversa— le invita a darle un sentido abrazo. Tras casi medio minuto fundidos en un solo ser e intercambiando energías —y sudor—, se despide de su atropellador con los ojos inundados de lágrimas.

Km 0,24 Colisiona contra un chico —Jesús según su dorsal— que luce una camiseta blanca con una cruz latina, un corazón, un rosario, una paloma de la paz, un cordero pascual y una frase conmemorativa de la última visita a España del papa Benedicto. Este sí que le dice de todo menos bonito.

Km 0,30 Nueve minutos después de haber tomado la salida, Frank se encuentra de nuevo en el punto de partida. Por suerte o por desgracia, su estado mental no le permite darse cuenta de las implicaciones que eso conlleva; pero entre otras cosas significa que, salvo que las sustancias que contenían aquellos diez ositos lo conviertan de una vez por todas en ese fiero dragón que vaya volando hacia la meta —donde le esperan su madre, su mujer y su hija, que no quería perderse la primera carrera de su papi—, la posibilidad de bajar de sesenta y tres minutos y tener así opciones de batir a Ojeda se podría haber esfumado.

Por los altavoces suena Maluma, cantante al que Frank odia casi tanto como a la gente que no recoge las deposiciones de sus perros. Sin embargo, la alteración de sus facultades mentales hace que se ponga a bailar como si no hubiera un mañana, patentizando la inviabilidad de maridar el baile de los pajaritos con el reguetón. Varias personas immortalizan el momento con sus celulares.

A medio bailoteo, un hombre de la organización se le acerca y se pone a bailar los pajaritos con él.

—¿Quieres ser mi amigo? —le pregunta Frank, sin dejar de mover las manos mientras, de fondo, Maluma explica el inmenso favor que le hizo a una *beibi* al prestarse a mantener relaciones carnales con la susodicha.

—Claro que sí, campeón —le responde amablemente el hombre, que se gira hacia uno de sus compañeros del *staff* organizativo para, con un discreto gesto extendiendo sus dedos pulgar y meñique, comunicarle que, efectivamente, lleva una buena cogorza.

Pero aunque Maluma continúa narrando sus excelentes dotes amorias al ritmo de la música, Frank baja las manos de golpe y deja de bailar. Por lo visto, la voz de aquel buen hombre le ha recordado a la del mismísimo Oliver Ojeda, lo cual desencadena una tormenta de sensaciones, *flashbacks* y recuerdos sangrientos en su alborotada testa. Segundos más tarde, con el ceño fruncido hasta el dolor, las fosas nasales completamente dilatadas y los dientes apretados con tal fuerza que le tiembla hasta la cabeza, lanza un bramido desgarrador que deja patidifuso al personal, para posteriormente salir disparado —esta vez en la dirección correcta—, como si el dragón de la foto lo hubiera poseído de una puñetera vez.

Km 0,40 Pasan los metros, pero sigue manteniendo el ritmo infernal de la salida.

Km 0,50 Continúa sin aflojar. De seguir así, pronto empezará a superar a los corredores más rezagados.

Km 0,60 Fulminando todos sus registros, sigue corriendo a la misma velocidad, a pesar de no ser capaz de ver el asfalto por el que vuelan sus pies, ni la gente, ni los edificios de alrededor... Lo único que ven sus ojos es una enorme cabeza voladora con la cara de Ojeda y una cinta para el sudor, que se desplaza delante de él canturreando desafiante: «A que no me piillas, cara de papiilla...».

Km 0,63 Queda empíricamente demostrado que correr cual guepardo persiguiendo a su presa mientras se sufren alucinaciones no es una buena idea. Llegado el momento de tomar la primera curva, Frank hace un recto y se empotra de forma brutal contra una de las vallas metálicas que delimitan el trazado, saliendo despedido por encima de la misma y dejando para la posteridad una de las volteretas ejecutadas a mayor velocidad desde que el hombre es hombre.

Dolorido, aturdido y con serias dificultades para respirar —tanto por el esfuerzo realizado como por el tremendo golpe en el estómago que se acaba de dar—, permanece tumbado panza arriba mientras atiende con entusiasmo a lo que le cuenta una nube con forma de Winnie the Pooh.

La primera persona en acercarse al accidentado es un adolescente que, patines mediante, ha podido grabar la secuencia completa con su móvil, desde que bailaba los pajaritos hasta el espectacular topetazo. Diez minutos más tarde, el vídeo ya está subido a Youtube y a varias redes sociales bajo el título: *Runner se vuelve loco Y HACE ESTO*.

Ajeno a todo, Frank se despide de la nube y hace una croqueta extraña por el suelo para terminar levantándose, no sin dificultades. «Tiiitas, tiiitas», repite sin cesar mientras corre agachado persiguiendo a una paloma en dirección Arco del Triunfo. Nada parece indicar que tenga la más mínima intención de reincorporarse a la carrera.

* * * * *

Distancia total recorrida: 0,65 km

Frecuencia cardíaca actual: 181 ppm

Nivel de lucidez (estimado): 18/100

Daños recientes: Hematoma en región craneal superior; enrojecimiento y

pinchazos intermitentes en oreja izquierda; contusión de primer grado en bolsa escrotal y dolor moderado-alto en región abdominal por impacto a gran velocidad.

El que no sabe adónde va no llega a ninguna parte.

—Carlos Ruiz Zafón (*Marina*)

3

Km 0,84 Tras unos minutos persiguiendo a aquella paloma de color polución —aunque blanca como el marfil de mamut albino a ojos de Frank —, la pobre termina cansándose de corretear delante de aquel crío encerrado en el cuerpo de un varón de treinta y cinco años y decide alzar el vuelo, dejándolo con los ojos vidriosos por no haberla podido acariciar. Poseído por la desazón y haciendo pucheros, todavía sin perderla de vista, levanta los brazos, abriendo y cerrando los puños como haría un bebé indignado pidiendo explicaciones. Finalmente, la paloma desaparece tras la silueta de un edificio y Frank se derrumba, literalmente, cayendo a plomo contra el duro suelo del Paseo de Lluís Companys. Pataleando entre sollozos, se convierte en el centro de atención de todos los viandantes, que asisten a la escena entre apenados y atemorizados. Uno de ellos se acerca raudo para interesarse por él y, si se tercia, robarle el reloj. Sin embargo, a pesar del atolondrado estado emocional en el que se encuentra Frank, algo en su cabeza —quizá ese sexto sentido propio del policía que le gustaría haber sido— le hace ponerse en alerta. Desconfiando de sus intenciones, fulmina con la mirada a aquel ladronzuelo que, en su particular visión de la realidad, adopta el aspecto de Transfer, el malvado lobo que se pasaba la vida intentando sabotear a Willy Fog en sus aventuras animadas alrededor del mundo.

—¡Maldito Transfer! —grita Frank, con una voz de niño pequeño que no resulta demasiado amenazadora—. ¡Suéltame el brazo!

—Ey, ey, *chill out*, hermano. Solo quiero ayudarte, ¿vale? —contesta el mangui, que está a punto de hacerse con el reloj y salir corriendo.

—¡Que me sueltes o te matooo! —exclama un iracundo Frank, soltando un brutal puñetazo que, de haber alcanzado su objetivo, habría causado serios destrozos en la cara de aquel maleante. En una decisión inteligente, el susodicho decide huir, renunciando a su botín.

Sin saber muy bien qué está pasando ahí, una chica que circulaba por el carril bici se detiene para auxiliar a Frank, que vuelve a estar tumbado mirando al cielo, donde un gatito de nube juguetea con una pelota del mismo

material.

—Hola, ¿estás bien? —le pregunta la joven, inclinándose hacia él y llenando el campo de visión de Frank con su pelirroja y espectacular melena rizada. Al menos de entrada, no parece querer robarle nada.

—¡Romy! —responde él con voz de párvulo y los ojos abiertos como platos, imaginando que la preciosa princesa india con cara de pantera y novia del señor Fog ha venido a salvarlo.

—Lo siento, pero no soy Romy —apunta ella, intentando determinar de forma inconsciente si aquellos horribles dientes negros son auténticos o bien lleva algún tipo de protector bucal—. Creo que te confundes...

—Sabía que vendrías.

—Mira, de verdad que lo siento, pero...

—¿Y Tico y Rigodón? ¿Están contigo, Romy? —pregunta Frank, preocupadísimo. La mueca de la joven vuelve a evidenciar que los dibujos animados de los ochenta y la generación *millennial* vienen a ser como el agua y el aceite.

—En serio, no soy Romy —insiste la chica, incómoda e incapaz de apartar la mirada de sus dientes—. Me llamo Marta, y... si no necesitas nada, yo... es que me tengo que ir, ¿vale?

Pero sin darle tiempo para reaccionar, Frank se incorpora de un respingo y le planta un beso en los labios, al que la chica le corresponde con un sonoro bofetón que lo devuelve a la realidad —y al suelo.

A todo esto, a unos cinco kilómetros de distancia en dirección sudoeste, el primer clasificado de aquella transcendental carrera que Frank llevaba meses preparando como si no existiera nada más en la vida —y de la que ya ni se acuerda— cruza la línea de meta sita en las inmediaciones del Castillo de Montjuïc en un tiempo de veintinueve minutos y doce segundos. Se trata de Wangondu Kipchumba, atleta aragonés de padres kenianos. Apenas tres minutos después llega la primera mujer, María Virtudes de la Puebla Chinchón, atleta keniana de padres aragoneses.

Km 0,85 Con la marca de los finos dedos de la ciclista pelirroja decorando su rostro, se sienta en el banco más cercano a intentar ordenar sus pensamientos. Incapaz de recordar lo que acaba de suceder y por qué le vibra la mejilla, se percató de que tiene su carísimo reloj desabrochado, por lo que procede a ajustárselo de nuevo; una operación *a priori* sencilla, pero que sus

visiones convierten en una auténtica odisea. Como dibujado por el mismísimo Dalí, el reloj se torna blando, casi líquido, escurriéndose entre sus cortos dedos y complicando sobremanera la manipulación del mismo. Las llamativas contorsiones de Frank para atarse la correa despiertan el interés de un grupo de turistas japoneses, que dejan de hacerle fotos al Arco del Triunfo para centrarse en él.

Cinco minutos más tarde, tras una respetuosa ovación de los nipones, y por fin con el dispositivo perfectamente afianzado en su muñeca, empieza a jugar con la pantalla táctil del mismo sin un objetivo definido. Tan solo ve formas de colores que se mueven, pero no es capaz —ni tiene el menor interés— de leer lo que aparece bajo el reluciente cristal con tratamiento antiarañazos *Monkey Glass* de octava generación.

Se había pasado más de un mes buscando el reloj perfecto para la carrera, pues necesitaba uno que, además de las funciones típicas que requiere todo reloj para correr, tuviera la capacidad de reproducir música y, rizando el rizo, llevase también altavoz incorporado. Esta última característica no es baladí para Frank, pues corriendo con auriculares se siente demasiado aislado del entorno, lo cual aumenta considerablemente las posibilidades, tanto de morir atropellado como de no escuchar los gritos de auxilio de algún conciudadano en apuros.

Con la misma delicadeza que un mono hiperactivo tocando el piano, sigue aporreando la pantalla con el dedo índice, hasta que empieza a sonar una alegre melodía que hace que una abuela se detenga ante él y se ponga a tocar las palmas. Sin embargo, Frank no le presta ni la más mínima atención a la música, como si los miles de millones de neuronas residentes en su córtex cerebral se hubieran puesto de acuerdo para ignorar al Tijeritas, que canta con sentimiento: «*Ay, garabí garabí, garabí ay garabí, baila al compás de la flauta y también del tamboril...*».

Según los meticulosos planes de Frank previos a la carrera, la música debería haber jugado un importantísimo papel durante la misma. Concretamente, las canciones que había añadido a «Frank Champion», una *playlist* formada por una sucesión de temas supercañeros seleccionados concienzudamente para reproducir a partir del minuto cuarenta de carrera, cuya misión sería la de brindarle un extra de motivación y energía durante los kilómetros finales, cuando las piernas empiezan a fallar y hay que sacar fuerzas de donde no hay. Sin embargo, en lugar de «Frank Champion» ha

seleccionado por error «Gitaneo wapo», una lista de canciones confeccionada por algún otro usuario de la aplicación con gustos y necesidades radicalmente opuestas a las suyas.

Km 1,21 Deambulando sin rumbo definido, se adentra en el parque de la Ciutadella, principal pulmón verde del centro de Barcelona y auténtico crisol de razas, culturas, religiones y carteristas.

El sonido de los timbales de un grupo de percusionistas africanos hace que la rumba flamenca que sale del altavoz del reloj de Frank quede prácticamente silenciada. Luces, colores, sonidos, aromas... Todo se intensifica de forma bestial en su mente. De pronto se siente como si estuviera dentro del clásico anuncio en el que una joven lánguida de piel blanco tippex y cara de no haber ingerido nada sólido en las últimas dos semanas pasea por un paisaje fantástico a lomos de un pegaso, del cual la ayuda a bajar un efebo de mirada penetrante y pétreos abdominales, justo antes de fundirse en un tórrido beso que dura hasta que una voz ridículamente sensual recuerda —para los más despistados— que lo que acaban de ver es un anuncio de *eau de cologne* y no de espárragos en conserva.

A pesar de que no son ni las once de la mañana, cientos de personas se encuentran ya sobre la cuidada hierba del parque tomando el sol, desayunando, charlando en animados corrillos de amigos o practicando las más variopintas actividades.

Km 1,22 Se queda embobado mirando a unos jóvenes con estética okupa que hacen malabares con pelotas. Aplaude, grita «¡Ole, ole!» y se va.

Km 1,23 Se queda embobado mirando a unos jóvenes con estética okupa que hacen malabares con mazas. Aplaude, grita «¡Ole, ole!» y se va.

Km 1,24 Se queda embobado mirando a unos jóvenes con estética okupa que hacen malabares con aros. Aplaude, grita «¡Ole, ole!» y se va.

Km 1,25 Se queda embobado mirando a unos jóvenes con estética okupa que hacen malabares con botellas de Jägermeister —llenas—. Aplaude, grita «¡Ole, ole!» y, antes de irse, le pregunta a uno de los chicos si le deja dar un sorbito. El joven accede gustoso lanzándole una de las botellas, que —en un alarde de reflejos entumecidos— termina impactando con virulencia contra la crisma de Frank, generándole un nuevo chichón a escasos centímetros del anterior. Como si no hubiera pasado nada, abre la botella a contrarrosca, se bebe media sin respirar y se va cantando *Clavelitos*.

Km 1,28 Con el sonido de las darboukas y los djembes desvaneciéndose

en la lejanía, pasa por delante de un grupo de personas que, al parecer, han determinado que mezclar el acroyoga con los típicos *castells* catalanes podría estar bien. De la banda sonora se encarga un chico con barretina tocando el didgeridoo y otro con rastas tocando la gralla, que dejan de soplar momentáneamente tras la aparatosa caída de un cincuentón vestido de lino blanco que intentaba hacer la postura de la medialuna para coronar el tambaleante castillo humano de cuatro metros de altura.

Km 1,31 Se detiene delante de un grupo de *muggles* jugando al *quidditch*, deporte basado en el juego surgido de la mente de J. K. Rowling y popularizado por Harry Potter y compañía. A pesar de que el nivel de lucidez de Frank está por los suelos, hace un esfuerzo para intentar comprender qué hacen aquellos chicos dándose balonazos y correteando arriba y abajo con un tubo de PVC de un metro metido entre las piernas a modo de escoba voladora. Al verse incapaz, decide preguntarle a una chica que espera su turno para entrar a jugar, la cual se presta amablemente a explicarle los entresijos y normas básicas de aquel deporte inventado en 2005. Segundos después de hacerle la pregunta, mientras la joven le explica entusiasmada la diferencia entre una pelota *quaffle* y una *bludger*, Frank se queda dormido en su hombro con los dos pulgares metidos en la boca. Precisamente el impacto de una *quaffle ball* contra su rostro lo despierta de aquella mini siesta mañanera.

Km 1,32 Sin motivo aparente, empieza a dar vueltas al tronco de un aguaribay, bajo la tenue sombra del cual descansa una chica en bikini junto a su minúsculo perrito. Una camiseta de Vetusta Morla tapándole los ojos y el *Yuk Foo* de Wolf Alice retumbando en sus auriculares impiden que la joven se percate de que hay un chalado dando vueltas y saltando por encima de ella. Tras la duodécima vuelta alrededor del árbol cantando la sintonía de Willy Fog mezclada aleatoriamente con el himno del Barça, Frank acaba cayendo mareado a medio metro de los pies de la chica.

Sin duda le ha caído en gracia al perro, que le trae su pequeña pelota babeada en señal de bienvenida y le lame la boca como si fuera un helado de pollo —algo que en condiciones normales haría que Frank metiera la cabeza en la basura más cercana para vomitar, pero que hoy parece encantarle—. De hecho, no duda en devolverle los lametones a aquella adorable bolita de pelo, cruce de yorkshire y pomerania.

Después de más de un minuto entrelazando las lenguas e intercambiando

alientos, el perro se gira hacia su dueña y empieza a chuparle el pie izquierdo, haciendo que se le dibuje una bonita sonrisa mientras encoge ligeramente los dedos a causa de las cosquillas que le provoca aquella lengüecita húmeda y juguetona.

Ni corto ni perezoso, Frank decide sumarse a la fiesta y, con la inocencia de un niño, empieza a lamerle el pie derecho. La muchacha vuelve a sonreír; pero pese a encontrarse inmersa en su mundo de música *indie*, se percata de que algo no cuadra, pues en principio su perrito no debería poder chuparle los dos pies a la vez —facultad solo al alcance de algún que otro can mitológico muy concreto—. Al quitarse la camiseta de la cara y ver a aquel extraño tumbado a sus pies y mirándola con una inquietante sonrisa mientras le lame el dedo gordo con fruición, la chica siente una sensación de angustia tan exagerada que no se ve con fuerzas ni de gritar. Eso sí, después de encoger la pierna para zafarse de la lengua de aquel perturbado, le incrusta el pie en la cara. Sin entender el porqué de aquella agresiva reacción, Frank se marcha del parque con el rabo entre las piernas y el ojo a la virulé.

* * * * *

Distancia total recorrida: 1,39 km

Frecuencia cardíaca actual: 168 ppm

Nivel de lucidez (estimado): 17/100

Daños recientes: Hematoma en región craneal superior (otro); fuerte traumatismo en ojo izquierdo con aparición de moretón tamaño ciruela y derrame ocular tamaño lenteja (pardina).

Sonando por el altavoz de su *smartwatch*: ‘Voy a perder la cabeza por tu amor’ (Bambino).

*Ese hombre está entrenado para ignorar el dolor, vivir de lo que da la tierra,
comer cosas que harían vomitar a una cabra...*

—Coronel Trautman (*Rambo: Acorralado*)

4

Km 2,12 Acuciado por un hambre atroz, Frank avanza por una callejuela del barrio de la Barceloneta siguiendo el rastro que hizo saltar las alarmas de su sistema olfativo poco después de salir del parque; algo que no llamaría especialmente la atención de la gente si fuera andando normal en lugar de a cuatro patas.

Km 2,14 Al llegar a la altura de una pequeña y destartalada tienda de «Todo a un euro», detiene su marcha. Sin dejar de olisquear en ningún momento, vuelve a adoptar la posición de *homo erectus* y procede a abrir la puerta con tal energía que arranca el tope del suelo que se encargaba de limitar el recorrido de la misma. El tendero —un hombre de unos setenta años fatalmente llevados— intenta recuperarse del susto mientras ve con impotencia cómo aquel desconocido sin modales le arrebató de sus propias manos la bolsa de ganchitos que se estaba comiendo para matar el aburrimiento.

—¡Eh, tú! ¡¿Pero qué...?! ¡Devuélveme eso, bastardo! —le exige el señor, indignadísimo y con el paladar recubierto por una fina capa de pasta de ganchitos. Pero en el tiempo que tarda en pronunciar tales palabras, Frank da buena cuenta del contenido de la bolsa. Con los ojos desencajados y el hocico rebozado en harina de maíz de color naranja, se gira para buscar dónde están expuestos los demás paquetes de ganchitos, encontrándolos casi de inmediato. Haciendo caso omiso de las advertencias del tendero, abre el primero que pilla sin ningún tipo de cuidado, dejando el suelo aún más sucio de lo que estaba. Una vez engullidos los que han quedado en la bolsa, todavía con una bola pastosa anaranjada recorriendo lentamente su tráquea, se arrodilla para hacer una pequeña montañita con los que han caído. Ante la mirada atónita de aquel buen hombre, termina con ellos en tiempo récord, llevándose a la boca hasta veinticuatro ganchitos, un sugus aplastado, una goma de pollo de color verde, otra de color marrón, un ciempiés —vivo—, un par de uñas del tendero y una cantidad indeterminada de pelos de humano/perro/gato/hurón.

Una sucesión de flashbacks sacuden de nuevo la mente de Frank, retro trayéndolo a su infancia, cuando todavía no había descubierto el arroz caldoso de bogavante, o los pies de cerdo a la brasa, y los ganchitos eran su comida predilecta con diferencia. Insaciable, agarra otra bolsa y repite la operación, poniendo a prueba la paciencia del pobre tendero, que enarbola un polvoriento bate de béisbol de unos cuarenta centímetros con la inscripción «*I love Barcelona*».

—¡Vas a pagarme todo lo que te estás comiendo! ¡¿Me oyes?!

Pero Frank, que vuelve a estar de rodillas en modo aspirador, continúa como si oyera la lluvia caer. Después de abrir la cuarta bolsa y dejar el suelo perdido de ganchitos una vez más, el hombre se acerca hasta su posición enfurecido y, blandiendo el pequeño pero contundente bate, amenaza a Frank con dejarle morado el otro ojo e introducirle el souvenir de madera por el conducto rectal si no depone su actitud; palabras que, finalmente, consiguen que le preste atención.

En un giro de guion inesperado, renuncia a la última bolsa de ganchitos de la estantería y se queda mirando fijamente al tendero, que reacciona alzando el brazo un poco más y recordándole que no piensa dejarle salir de la tienda sin pasar por caja.

—Si te pago no me quedará dinero para llamar a mi mujer, ¿me entiendes, chino? —dice Frank, compungido, mientras las voces inconfundibles de las Azúcar Moreno se escapan de su reloj.

—¡¿Cómo que chino, imbécil?! —replica enojado el hombre, oriundo de Badalona y sin ninguno de los rasgos físicos característicos de los habitantes del país asiático—. ¡Me importa una mierda si puedes o no puedes llamar a tu mujer, pero esos ganchitos me los vas a pagar!

El roñoso espejo de vigilancia situado en una esquina de enfrente del mostrador refleja un Frank magullado, desaliñado y con el dorsal número 4123 medio colgando; una imagen radicalmente distinta de la que él percibe al verse: vistiendo una impecable camisa blanca de manga corta, una corbata negra a rayas blancas, unas bermudas de color verde militar y botas de combate, se ve como una mezcla de William Foster, protagonista de *Un día de furia*, y Walter Sobchak, excombatiente del Vietnam obsesionado con los bolos y coprotagonista de *El Gran Lebowski*. El problema es que no solo se imagina vestido como un híbrido entre sus dos personajes de ficción favoritos —con los cuales comparte únicamente el corte de pelo al estilo militar y la

inestabilidad emocional—, sino que empieza a comportarse como ellos, recreando fragmentos de escenas de ambas películas de forma aleatoria y haciendo que el desconcierto del propietario de la tienda crezca por momentos.

—Te lo advierto, chino: baja ese bate o vas a conocer el dolor. Y apunta un cero. Apunta un cero ahora mismo, o te juro que vas a conocer el dolor.

—¿Pero de qué cojones...? ¿Qué cero ni qué cera? ¡Mira, tarado de mierda, más vale que salgas de mi tienda ahora mismo, o no respondo! ¡Pero te juro por mi santa madre, que Dios la tenga en la gloria, que tú no te vas de aquí sin pagarme los ganchitos!

—¡Te estoy diciendo que apuntes un cero! ¡Has pisado la raya, y esto no es Vietnam! ¡En los bolos hay reglas, así que apunta un cero, maldito chino!

—¡Y dale! ¡Que no soy chino, puto loco! ¡Soy español! ¡Es-pa-ñol! ¡Soy más español que las bragas de Lola Flores! ¡¿Me entiendes?! ¡Y no sé qué coño quieres que apunte, pero me da igual! ¡Lo que voy a hacer es romperte esos dientes asquerosos como no me pagues ahora mismo y te largues por donde has venido!

—¡¿Pero es que todo el mundo se ha vuelto loco?! ¡¿Es que soy el único por aquí que no se caga en las reglas?! ¡APUNTA UN CEROOO! —El berrido ensordecedor de Frank retumba entre las paredes forradas de humedades y telarañas—. ¡¿Crees que estoy de coña, o qué pasa?! ¡Yo no vi morir a mis colegas en Vietnam para que esa *zorra*...!

—Mira, espera, ¿vale? Calma... Vamos a hacer una cosa —lo interrumpe el hombre, cambiando radicalmente de estrategia y bajando el bate de béisbol—: te regalo todo lo que te has comido, ¿de acuerdo? En serio, no hace falta que me pagues *nada*, invita la casa; pero te pido, por favor, que te largues. Vamos a tener la fiesta en paz, ¿vale?

Pero Frank, cuyo cerebro no para de revivir sin orden ni concierto los pasajes más épicos de aquellos dos filmes que tanto lo marcaron, sigue demasiado metido en el papel como para atender a cualquier intento de negociación.

—¿Sabes qué, chino? He cambiado de opinión: voy a almorzar un poco —dice tranquilamente, rememorando la escena de la hamburguesería en la que William Foster, interpretado por Michael Douglas, exige sus derechos como cliente, metralleta en mano—. Comeré una hamburguesa doble con queso, una ración de patatas y un batido de chocolate.

—Joder... ¿Pero de qué coño hablas? Te acabo de decir que te regalo los dos kilos de ganchitos que te has comido en mi cara, ¿y ahora me sales con esto? Además, ¿te parece que estás en una jodida hamburguesería, idiota?

—Quiero una hamburguesa doble con queso. Y quiero que me la sirvas tú, Rick.

—Mira, puto tarado, lo siento en el alma, pero ni me llamo Rick, ni tengo hamburguesas, así que...

—¿Y patatas? —pregunta Frank, visiblemente desilusionado.

—Tampoco. Y tampoco tengo batidos... Pero mira, si quieres, puedo mirar si me queda alguna bolsa de ganchitos en el almacén y te la regalo también, ¿vale? Hacemos eso: yo te doy todos los ganchitos que tengo y tú te largas de una maldita vez, ¿de acuerdo?

—O sea... Vienes a mi país, te llevas mi dinero, ¡¿y no eres capaz ni de aprender mi idioma?!

Sin saber qué decir ni cómo reaccionar ante tanto surrealismo, el hombre intenta darle un motivo de peso para que abandone el local lo antes posible:

—Mira, no sé qué problema tienes, pero creo que necesitas ayuda. Y de verdad te aconsejo que te largues, porque mi hijo debe estar al caer, y créeme que no tendrá piedad contigo. Es un buen chaval, pero ha estado varias veces en la cárcel, y cuando vea que me estás molestando te va a desmontar a hostias, ¿me entiendes? En serio, tú sí que vas a conocer el dolor como llegue y todavía estés aquí tocándome las pelotas; porque si tiene que volver a la cárcel por proteger a su padre, te aseguro que volverá. Y si te tiene que matar, *te matará*. Pero yo no quiero que eso pase, así que te pido que...

—¡Mire, señora, tengo compañeros que han muerto con la cara en el barro para que usted y yo podamos disfrutar de este restaurante familiar! — exclama Frank sin dejarle terminar, volviendo a encarnar a Walter Sobchak —. ¡Esto nos afecta a todos! ¡Son nuestras libertades básicas! ¡¿O me equivoco, eh?! ¡¿Me equivoco?!

El tendero, desesperado, no encuentra la manera de salir de aquella disparatada situación. Incluso empieza a tener algo de miedo, pues no sabe cómo puede reaccionar ese hombre con pinta de haber desayunado leche con cocaína. Así pues, aprovechando que Frank se acaba de girar hacia la estantería donde estaban los ganchitos, le arrea un trastazo en la cabeza, causándole un nuevo hematoma en una zona donde casualmente no tenía ninguno, para luego saltar sobre su espalda e intentar estrangularlo con el

minibate, quedándose colgado cual koala septuagenario.

—¡Suéltame, chino! —grita, intentando zafarse del ataque del tendero, que aprieta el trozo de madera contra el cuello de su cliente. A ritmo de Camarón, Frank se dedica a empotrar a su agresor contra todas las estanterías que encuentra a su paso, tirándolo todo por el suelo y formando un gran estruendo.

Con la columna vertebral hecha trizas a causa de los golpes, el tendero se acaba soltando, aunque con tan mala suerte que, al caer, se da en la nuca contra el pitorro de seguridad de una olla exprés de 9,99€, quedando inconsciente en el acto.

Un turista escocés resacoso en chanclas y bañador entra en la tienda a comprar un mechero, pero la imagen de aquel *runner* armado con una sartén de veintiséis centímetros en una mano y un rodillo de amasar en la otra haciendo añicos todo lo que encuentra a su paso, le hace pensar que quizá hoy es el día perfecto para dejar de fumar. Suelta un «*what the fuck*» y se va a la playa.

Tras un pequeño parón para comerse un puñado de ganchitos desperdigados por el suelo, Frank continúa arrasando con las pocas cosas que permanecen todavía en pie, justo hasta que sus ojos dan con un objeto que llama poderosamente su atención: se trata de una peluca. Una larga melena acrílica de color amarillo fosforito que, por algún extraño motivo, asocia con la cabellera de Daenerys Targaryen, la protagonista más carismática de Juego de Tronos, una serie que a él no le dice gran cosa, pero que por hache o por be termina viendo a menudo, pues tanto su mujer como su madre están enganchadísimas. Y por algún motivo todavía más extraño, siente la imperiosa necesidad de colocarse aquel pelucón. Al hacerlo, nota cómo una energía sobrenatural lo posee y empieza a dar vueltas sobre sí mismo mientras repite —con más errores que aciertos, debido a su estado— el mantra que le enseñó el doctor Van der Zwaanswijk.

Cuando está a punto de completar la sexta vuelta, cae mareado encima del pobre tendero, que continúa inconsciente, aunque ahora —cortesía de Frank— con la cara parcialmente cubierta por una fina capa de vómito anaranjado salpicado con pequeños tropezones gomosos de color negro osito.

Segundos después, sale por la puerta con la peluca colocada de cualquier manera y, de nuevo, sin rumbo definido. Al doblar la esquina se cruza con un chico de unos treinta años que, como no podía ser de otra forma, se gira para

ver más detalladamente a aquel pintoresco personaje. Mientras Frank camina sin saberlo en dirección mar, el chico, que lleva ambos brazos completamente tatuados, varias cadenas de oro y una camiseta de los *Lakers* en la que puede leerse «MUERTE» donde normalmente pondría «GASOL», «BRYANT» o «JAMES», entra en la tienda de la que acaban de salir Frank y su flamante peluca.

—¡Papá! —grita angustiado mientras se dirige corriendo hacia el tendero, que yace inconsciente—. ¡Papá! ¡¿Pero qué ha pasao?! ¿¡Quién ha sío?! ¡Papá! ¡Papá, despierta, joder! —Lo zarandea violentamente, intentando que vuelva en sí y provocando que el vómito se extienda por todo su rostro—. ¡Te juro que...! ¡Te juro que le voy a arrancar la cabeza al que te haiga hecho esto! ¡La cabeza, las piernas y los brazos! ¡Y luego se los voy a meter por el culo! ¡Dime quién ha sío, papá, que le reviento toa la cara! ¡Lo mato, papá! ¡LO MATOOO!

Mientras tanto, el causante involuntario de todo aquel embrollo pasea relajadamente en dirección mar silbando una inarmónica canción inventada y ajeno a los deseos de decapitarlo, desmembrarlo, sodomizarlo con sus propios miembros mutilados y asesinarlo del hijo del tendero, Kílian, el pequeño de una saga de cuatro hermanos —Kiko, Kevin, Kenay y él mismo—; todos ellos morenos, cachas, semianalfabetos y —lo más preocupante para la integridad física de Frank— sicarios vocacionales.

* * * * *

Distancia total recorrida: 2,82 km

Frecuencia cardíaca actual: 135 ppm

Nivel de lucidez (estimado): 16/100

Daños recientes: Hematoma en región craneal superior (otro más).

Sonando por el altavoz de su *smartwatch*: ‘Qué misterio el de la vida’ (Chalay).

Mamá siempre dice que puedes saber mucho de una persona por los zapatos que lleva.

—Forrest Gump

5

Convencido de que el poder recuperador de las bebidas energéticas es mayor que el del agua, Kílian vacía hasta cuatro latas en la cara de su padre. Al entrar en contacto con el vómito de Frank y los trozos de gominola psicotrópica, se produce una vistosa —y pestilente— reacción de efervescencia. En cualquier caso, sea gracias a las bebidas energéticas o a los salvajes meneos que no para de darle su hijo, el hecho es que el tendero termina despertando.

—¡Papá! —exclama Kílian eufórico.

Pero el intenso hedor de la mascarilla de vómito efervescente hace que su despertar no sea de los mejores, y termina vomitando sobre su propio pecho y salpicando la mano de su hijo, quien a su vez devuelve los tres batidos de proteínas del desayuno sobre los pantalones de su progenitor.

—¡Qué susto me has dao, viejo! —comenta entre arcadas. Ante la imposibilidad de abrazar a su padre para no pringarse todavía más, se limita a darle unas sonoras palmadas en la espalda, que hacen que el pobre hombre arroje hasta las sardinas de la noche anterior. El nauseabundo olor a pescado descompuesto de aquella última regurgitación provoca que Kílian vuelva a vomitar sobre su padre, que hace lo propio una vez más.

—¿Y tú quién eres? —le pregunta el viejo a su hijo, una vez clausurado el festival de vómitos.

Por suerte para Frank, la amnesia postraumática del tendero podría salvarle la vida; o al menos temporalmente, pues no parece que su hijo tenga la intención de olvidar lo sucedido.

«Vieron el mar, hasta entonces dellos no visto; parecióles espaciosísimo y largo...». Así describió Cervantes lo que Don Quijote y Sancho debieron sentir al ver el mar por primera vez —hecho que tuvo lugar precisamente en la ciudad de Barcelona—; una sensación similar a la que está experimentando Frank, que permanece boquiabierto frente a la playa de la Barceloneta, como si fuera la primera vez que sus ojos se enfrentaran a la inmensidad del Mediterráneo.

Km 3,16 Convencidísimo de que acaba de divisar al monstruo del lago Ness, empieza a correr en dirección al agua. Sin duda, Nessie fue uno de los iconos que más huella dejaron en el pequeño Frank, que en su día llegó a obsesionarse bastante con aquel animal fantástico —algo similar a la fijación que tiene su hija Rita con el simpático alienígena protagonista de ET—. De hecho, casi treinta años atrás, una de las profesoras de Frank ya contactó con su madre para avisarle de que no hacía otra cosa que dibujar policías y monstruos del lago Ness. Pero si ya es complicado ver al monstruo del lago Ness en el propio lago Ness, la posibilidad de verlo nadando en la playa de la Barceloneta se antoja aún más improbable.

Km 3,17 Después de pisar varias piernas, estómagos, cuellos y de llevarse por delante hasta siete sombrillas, se lanza al agua de cabeza, dándose con la misma contra el fondo arenoso y descolocándose más si cabe la peluca. «¡Nessieeee!», repite sin cesar, mientras nada estilo perrito hacia la boya de submarinismo de color naranja que ha confundido con aquella majestuosa criatura que, según cuenta la leyenda, habita en las profundidades del famoso lago escocés.

Km 3,18 Con el fin de avanzar más rápidamente, abandona el estilo perrito y adopta uno diferente a cualquier técnica natatoria conocida: con el brazo derecho nada en braza, con el izquierdo en mariposa y con los pies va haciendo el *moonwalker*.

Km 3,19 Se cruza con un grupo de turistas practicando *paddle surf*, los cuales le brindan una emotiva ovación y todo tipo de vítores, pensando que se trata de una persona con algún tipo de discapacidad física/intelectual.

Km 3,20 Al llegar a la boya, Frank ha ingerido unos trescientos cincuenta gramos de algas, lo cual le garantiza tener reservas de yodo para los próximos cinco años. «¡Nessie! ¡Nessie! ¡Sabía que eras de verdad!», grita emocionadísimo, mientras abraza y besuquea al supuesto monstruo. A los pocos segundos, el submarinista propietario de la boya emerge del agua altamente cabreado y lanzando una sarta de improperios, todavía con el tubo en la boca y un fusil de noventa centímetros cargado con un amenazante arpón. Al ver el mismo, Frank da por supuesto que la intención de aquel hombre enfundado en un traje de neopreno de 1,5 mm no es otra que matar a Nessie, por lo que se abalanza sobre él con la idea de ahogarlo. Con la cabeza bajo el agua, el submarinista consigue —no sin esfuerzo— quitarse una de las aletas y, tras unos segundos de intenso forcejeo, logra sacar medio cuerpo del

agua y sacudirle con la aleta en toda la boca. El impacto de la misma contra el rostro de su atacante se escucha desde la orilla, donde la multitud contempla el combate con estupefacción. Medio aturdido tras el brutal aletazo, Frank se queda haciendo el muerto a merced de la corriente durante unos minutos.

Km 3,26 Al abrir los ojos, aparece flotando a unos diez metros de una chica que, ajena a la refriega que acaba de mantener con el submarinista, descansa plácidamente sobre un enorme unicornio hinchable customizado por un amigo, que tuvo la brillante idea de dibujarle un par de testículos en la base del cuerno. A pesar de que el bañador que luce la chica es verde y con un simpático estampado de kiwis, Frank lo ve de color rojo pasión y completamente liso, calcado al que utilizaban las protagonistas de *Los vigilantes de la playa*, una de las series que marcaron su adolescencia por diversos motivos; y uno de esos motivos era sin duda la presencia de la exuberante Erika Eleniak, su vigilante de la playa favorita y mujer con la que más veces ha soñado —sobre todo tras su aparición estelar saliendo de una tarta de cumpleaños como Dios la trajo al mundo en *Alerta máxima*—. Mezclando de nuevo realidad y ficción, Frank empieza a valorar cuál podría ser la estrategia más adecuada para acercarse a la joven, convertida por su cerebro en un clon de la mismísima Erika Eleniak.

Después de tomarse unos instantes para trazar un plan sin fisuras, y en una decisión, cuando menos, controvertida, concluye que gastarle la clásica broma del tiburón podría ser una buena forma de romper el hielo. Sin más dilación, se sumerge sigilosamente para ir buceando hasta las proximidades del unicornio y, al encontrarse a un metro escaso del mismo, emerge del agua cual tiburón blanco de dientes negros y gritando como un poseso, causándole un amago de infarto a la pobre chica y recibiendo como recompensa un certero rechazazo en el ojo que aún tenía sano.

A todo esto, se cumple el minuto sesenta y tres de carrera, tiempo que debía rebajar si quería tener alguna opción de superar a Ojeda. Sin embargo, en lugar de estar cruzando la línea de meta —donde lo esperan su madre, su mujer y su hija con un cartel lleno de corazoncitos de purpurina y la frase «PAPI TE QUIERO MUCHO»—, Frank está saliendo del agua de la Barceloneta con los ojos morados, el dorsal completamente descolgado, un pez araña clavado en la suela y una medusa en la cabeza, sobre la chorreante

peluca, tan torcida que apenas puede ver dónde coloca los pies. El único dato positivo para él es que, de momento, a punto de cumplirse el minuto sesenta y cuatro, su odiado rival tampoco ha llegado a meta.

Km 3,31 De nuevo en el Paseo Marítimo, ve pasar a un *runner* sin camiseta y corriendo con los pies descalzos sobre el pavimento. Sin pensárselo dos veces, se deshace de sus zapatillas de 260€ con sistema de amortiguación *Crazy Frog Samurai Flow Motion Enigma 3.0* y cordones de algodón egipcio con inserciones de seda de Kawamata y, con los pies todavía húmedos, se pone a correr descalzo hacia el famoso hotel Wella, cuya peculiar silueta en forma de vela se alza imponente en lontananza.

Km 3,32 Pisa una caca de perro.

Km 3,33 Pisa un paquete de Ducados, que se adhiere a la caca con firmeza.

Km 3,34 Pisa otra caca de perro.

Km 3,35 Pisa un Rasca de la ONCE, que se queda pegado a la segunda caca.

Km 3,37 Pasa por delante de un mantero con unos doscientos pares de zapatillas expuestas. Poniendo fin a su fugaz flirteo con el *barefoot running*, se encapricha de unas de mujer en color ocre con toques de bermellón, coral y azul aguamarina que él ve completamente amarillas. Suelta un billete de cincuenta euros y, sin coger el cambio ni quitarse las diferentes porquerías que lleva pegadas, se coloca la zapatilla izquierda en el pie derecho y viceversa para continuar corriendo hacia el hotel Wella sin ninguna motivación concreta.

A unos dos kilómetros de ahí, Kílian —que sigue confiando ciegamente en las múltiples propiedades de las bebidas energéticas— le hace ingerir a su padre una lata detrás de otra con la intención de ayudarle a recordar el aspecto de su agresor. Después de la undécima, el pobre hombre sigue sin recordar absolutamente nada, pero sube y baja por las estanterías como si fuera un chimpancé.

* * * * *

Distancia total recorrida: 3,42 km

Frecuencia cardíaca actual: 183 ppm

Nivel de lucidez (estimado): 15/100

Daños recientes: fuerte traumatismo en ojo derecho con aparición de moretón tamaño nuez (mediana).

Sonando por el altavoz de su *smartwatch*: ‘A quién le voy a contar mis penas’ (Canelita feat. Sergio Ramos).

El secreto es no parar; el dolor solo te hace daño.

—Nuria Picas

6

En lugar de correr en línea recta, Frank avanza en paralelo a la costa haciendo eses, círculos, espirales y algún que otro romboide que descoloca a los demás viandantes de un Paseo Marítimo cada vez más lleno de gente con ganas de disfrutar del sol y de las terrazas a pie de playa. La ruta, pues, resulta algo accidentada:

Km 3,52 Es arrollado por un *longboard*.

Km 3,57 Es arrollado por hasta ocho *segways* de una manada de veinticinco.

Km 3,71 Es arrollado por un *longboard* eléctrico.

Km 3,86 Es arrollado por un bicitaxi a pedales.

Km 3,97 Es arrollado por un *longboard* a vela.

Km 3,99 Es arrollado por un patinete eléctrico.

Km 4,18 Es arrollado por una conga de *hoverboards*.

Km 4,31 Es arrollado por un patinete de los de toda la vida.

Km 4,32 Es arrollado por dos abuelos borrachos haciendo la carretilla.

Contusionado por todas partes —aunque sangrando por menos de las que cabría esperar—, finalmente llega al enorme mirador aledaño al hotel Wella casi a rastras. Por suerte o por desgracia, una pareja practicando sexo desenfrenado contra la cristalera de una de las habitaciones hace que su presencia pase completamente desapercibida. En la habitación situada a la derecha de la susodicha, tres koalas y dos loris perezosos propiedad de un excéntrico millonario kazajo trepan por la cortina; y en la de la izquierda, un turista indio levita a un metro y medio del suelo mientras saca pompas de jabón por las orejas. Sin embargo, los ojos de la práctica totalidad del gentío congregado en el mirador se centran exclusivamente en las actividades lascivas de la parejita exhibicionista.

Una vez consumado el acto, la muchedumbre se dispersa y vuelve a sus quehaceres precoitales. Buena parte de la gente se dirige hacia una zona ligeramente apartada, donde desde hace no más de media hora se está llevando a cabo una sesión fotográfica conducida por una prestigiosa

fotógrafa de moda. El reportaje en cuestión —que aparecerá en el número doscientos cuarenta de una conocida revista de *fitness* y vida sana— retrata a cinco de las *runners* y triatletas españolas más influyentes de instagram.

Tras permanecer tumbado en el suelo durante unos minutos que aprovecha para recuperar el aliento, contemplar la grandiosidad de aquel singular hotel y tirarse unos cuantos eructos con un terrible olor a algas y a ganchitos, Frank se levanta torpemente y empieza a deambular por el mirador para terminar, precisamente, junto al set de fotografía. Allí, ataviadas como si estuvieran en plena competición, las cinco atletas posan sonrientes mostrando sus fibrosos y estilizados cuerpos con el mar azul de fondo. Cada una de ellas luce un dorsal —bastante mejor colocado que el de Frank— en el que se puede leer el nombre por el que sus miles de seguidores las conocen en la red social: @ladyfinisher, @missleggingsrun, @sheilaavilesc, @sara.carmona.h y @onmytrainingshoes.

Sin pensárselo dos veces —y ni siquiera una— Frank se cuele en aquel plató al aire libre para el asombro de las chicas y de todo el *staff*. Viendo su estrafalario atuendo, así como su deplorable estado físico y mental, al principio creen que debe tratarse de una broma con cámara oculta o algo por el estilo.

Después de ejecutar una vertical-puente sin sentido que está a punto de costarle un par de vértebras, Frank se coloca entre dos de las chicas, que no pueden evitar sentir algo de miedo —más aún cuando les explica que ha conocido a David el gnomo, que es muy simpático y que le está guardando un trozo de diente en su casita del bosque—. Al contemplar aquella escalofriante dentadura de cerca, a Gema —@missleggingsrun según su dorsal— se le borra hasta la más mínima traza de la bonita sonrisa que caracteriza el 99% de sus fotos.

—¡Paaataaataaaa, paaataaataaaa, paaataaataaaa...! —canta a pleno pulmón, dando palmas descompasadamente mientras hace el salto de la rana; todo ello sin dejar de mirar a la fotógrafa, que no pierde la oportunidad de inmortalizar a Frank en el pináculo de su decadencia.

Con un sutil gesto, @sheilaavilesc le pide a sus compañeras que se fijen en sus zapatillas, colocadas del revés, lo cual resulta bastante cómico. El olor a excremento de perro recién pisado que sale del interior de las mismas, en cambio, no les hace tanta gracia.

—Está *reventao*, el pobre —dice @sara.carmona.h en voz baja.

—La verdad es que sí —confirma Sheila, que siente más lástima que temor—. Pero parece inofensivo, ¿no?

—Sí, no tiene pinta de... Uy... Vaya, me parece que tenemos tonto pa rato —añade Sara al ver que Frank se vuelve a girar hacia ellas.

—¿Por qué no lleváis numeritos aquí? —pregunta él señalándose el dorsal, con cara de extrañado y vocecilla de niño bueno. Si no fuera porque no deja de ser un adulto aparentemente borracho y con pinta de haber sido atropellado por una flota de autobuses, resultaría adorable.

—Ehm... Bueno, pues... porque esto es una sesión de fotos, no una carrera —le explica @ladyfinisher usando el mismo tono que emplearía para explicárselo a un niño de P3—. En las carreras sí que llevamos un numerito en el dorsal, igual que tú.

—¿Y tú te llamas lad... lid... lafis... lififasi... falidisi...?

—Sí, bueno, en realidad me llamo Laura —aclara la chica, antes de que Frank se termine haciendo daño en la lengua—. Lo de @ladyfinisher es para instagram, y...

—¿En instagram hay ganchitos? Tengo hambre —la interrumpe, mostrándole su peluda barriga.

—¿Ganchitos? Uix, pues no sé..., pero me parece que no —responde Laura, descolocada.

—¿Y donuts? Tengo hambre.

—Creo que tampoco.

—¿Y sugus? Tengo hambre.

—Parece que tienes hambre, ¿verdad? —le pregunta Isabel, más conocida como @onmytrainingshoes, que ha de coger un tren en menos de tres horas y ve que no hay forma humana de sacarse de encima a aquel palizas—. Pues mira, tengo una idea: podrías ir a uno de esos chiringuitos tan chulos de la playa, que ahí se está muy agustito y tienen muchas cositas ricas para comer —le propone, en una brillante estrategia para librarse de él.

—¿Y tienen ganchitos? —pregunta de nuevo, con la mirada clavada en la trabajada musculatura de la zona abdominal de la chica. Pero sin darle tiempo para responder, algún tipo de complejo mecanismo cerebral le impulsa a gritar de forma escandalosa y repetidamente—: ¡¿QUIÉN QUIERE JUGAR AL PILLAPILLAAA?!...

Llegados a este punto, uno de los ayudantes de la fotógrafa decide que es el momento de intervenir y le pide amablemente que se vaya y les deje

trabajar. Pero Frank se queda ensimismado mirando la piel oscura del chico y, fallando el tiro de nuevo, le pregunta:

—¿Tú eres... eres... Usain Lewis? ¡Sí, sí, sí, eres Usain Lewis! ¡Te he visto en la tele! —exclama, mezclando el nombre y el apellido de dos de los atletas más grandes de la historia y dejando al chico en fuera de juego—. Yo también corro mucho, Usain, ¡mira!

Como si acabaran de anunciar un tsunami inminente, arranca a correr hacia el centro del mirador, impactando de forma brutal contra unas perfectamente visibles estructuras de hormigón de color blanco que patinadores y *skaters* suelen utilizar para realizar sus trucos sobre ruedas. No obstante, pese a la espectacularidad de la colisión con voltereta lateral incluida, Frank se levanta inmediatamente ante la mirada asombrada de propios y extraños. Encarnando el papel del típico malo de película que nunca se termina de morir, vuelve hacia el set de fotografía para preguntarles qué les ha parecido su *sprint*, tanto a las chicas como a Usain Lewis, su nuevo ídolo imaginario.

Como quien no quiere la cosa, ha transcurrido ya una hora y media desde que dio inicio la carrera, tiempo límite establecido por la organización para finalizar la misma. Una carrera —la primera que Frank corría en su vida— que lo ha tenido completamente obsesionado durante los últimos meses y cuya preparación lo ha dejado noches enteras sin dormir. Noches que ha pasado leyendo libros sobre *running*, mirando vídeos de superación personal para deportistas, investigando métodos alternativos de entrenamiento —algunos realmente *frikies*, o hasta peligrosos para su salud—... Y todo con el único objetivo de aniquilar a Ojeda en esta nueva batalla de su interminable guerra particular.

En la zona de meta, instalada a escasos cien metros del castillo de Montjuïc, el cierre de llegadas ha hecho aumentar sensiblemente el nivel de preocupación de Raquel y Victoria. Después de hablar con un amable miembro de la organización, que les ha confirmado que no se ha tenido que lamentar ninguna baja por infarto ni cualquier otra incidencia grave, las dos se quedan algo más tranquilas; aunque siguen sin entender por qué Frank no ha aparecido en la meta media hora después de su tiempo teórico de llegada.

—Raquel, cariño, ¿por qué no os vais para casa? —le propone Victoria a su nuera—. Hace calor, la nena lleva mucho tiempo de pie y ya sabes cómo

es Frank. Es probable que haya notado alguna molestia o cualquier cosa y se haya ido directamente a casa. Y claro, al no llevar móvil...

—No. Hoy no abandonaría ni aunque le cortaran las piernas. No creo que por una lesión... Ya sabes lo burro que puede llegar a ser tu hijo. —Victoria asiente con resignación—. Recuerda quién participaba también en esta carrera; porque aunque diga que Ojeda es agua pasada, que solo siente indiferencia por él y blabla, las dos sabemos el *asco* que le tiene y por qué era tan importante esto de hoy. Eso de que le encanta este deporte *porque corre contra sí mismo*... ¡Y una poca leche! No sé si realmente le gusta o no le gusta, pero *casualmente* empezó a correr cuando se enteró de que Ojeda había empezado a correr; y se apuntó a esta carrera en cuanto supo que Ojeda se había apuntado. Punto. Pero claro, ya le prohibimos el *airsoft* de las narices; no le vamos a prohibir también que salga a correr. En fin... Solo espero que no hayan tenido la mala suerte de encontrarse, porque esos dos *cafres* serían capaces de liarse a tortas ahí en medio.

—No, mujer, con la de miles de personas que... Además, piensa que nos acaban de decir que no ha habido ninguna lesión grave; y con lo brutos que son, si esos dos se pelean, por lo menos uno termina en el hospital. O los dos, como la última vez.

—Sí, eso es verdad... Bueno, mira, por si acaso, voy a hacer lo que dices. Será mejor que nos vayamos a casa. Pero a la próxima carrera, *te aseguro* que se va a llevar el móvil, o no habrá nadie esperándolo en la meta —dice Raquel visiblemente enfadada—. ¡Es que ya está bien, hombre! Tenernos aquí sufriendo por su cabezonería de no querer cargar con el *enorme peso* del puñetero móvil. ¡Ya ves tú, ni que tuviera que batir el récord mundial de algo, jod... jolín! —exclama, mordiéndose la lengua para no decir palabrotas delante de su hija—. ¡El récord de *cazurro*, le tendrían que dar! ¡Y el de cabezón! En eso sí que es el número uno...

—Tranquila, cariño —la interrumpe Victoria—. Tienes toda la razón, pero enfadarnos no nos va a servir de nada. Venga, mejor no le des más vueltas y marchaos a casa, ¿vale? Yo me quedaré aquí esperando un rato más, llamaré a los hospitales por si las moscas y después ya veremos qué es lo que hacemos. Pero ahora toca mantener la calma y pensar que al final todo se quedará en una simple anécdota, ¿de acuerdo? Ya verás como está volviendo a casa en taxi o lo que sea y estamos aquí poniéndonos nerviosas sin motivo.

Veinte minutos más tarde, con los operarios contratados por la

organización empezando a desmontar toda la parafernalia, y habiendo llamado ya a todos los hospitales de la ciudad condal y alrededores, el nivel de angustia de Victoria empieza a crecer de forma exponencial. Su tendencia a la dramatización, unida a las imágenes e historias truculentas que inundan su mente —debido probablemente a un consumo desmesurado de series policíacas y programas de sucesos—, empiezan a hacer de las suyas. Así pues, de pensar en la posibilidad de que su hijo haya podido sufrir un pequeño esguince, pasa a creer que puede haber sido secuestrado por una secta satánica con la intención de utilizar su cuerpo en algún ritual macabro.

Mientras tanto, a unos pocos kilómetros de ahí, Kílian continúa intentando que su padre deje de brincar por la tienda y se centre en recordar los rasgos de su agresor. Por el momento, los únicos datos que le ha podido proporcionar son: que era un hombre blanco tirando a bajito, que le robó los ganchitos y que no paraba de llamarle «chino»; pero no consigue recordar ni su atuendo, ni sus rasgos faciales, lo cual supone una gran noticia para Frank, que al fin ha dejado de dar la brasa a las pobres *runners* después de que estas, por motivos obvios, no hayan querido jugar con él al pillapilla, ni al escondite, ni a la gallinita ciega, ni mucho menos al conejo de la suerte. Cabizbajo y abatido, se marcha del mirador por donde llegó, mientras la fotógrafa le enseña a las chicas, entre risas y algún que otro suspiro de alivio, el espectacular reportaje que le ha hecho al chiflado de la peluca.

* * * * *

Distancia total recorrida: 4,55 km

Frecuencia cardíaca actual: 122 ppm

Nivel de lucidez (estimado): 15/100

Daños recientes: contusiones y magulladuras por la casi totalidad de su anatomía, causadas por múltiples atropellos de vehículos de pequeñas dimensiones pero alto poder destructivo.

Sonando por el altavoz de su *smartwatch*: ‘Un te quiero pa mi madre’ (Requiebros).

*Las buenas personas no les arrancan
los brazos a los demás.*

—Bob Esponja

7

Como si de la casa de Hansel y Gretel se tratara, Frank se regodea lamiendo la pared de un viejo edificio situado en una callejuela hedionda del histórico barrio del Born, ante la atónita mirada de los participantes del *tour* «La Barcelona de Carlos Ruiz Zafón mola un montón». Después de borrar el signo de exclamación de una pintada que reza «TOURISTS GO HOME!» a lametazos, vuelve a ponerse en marcha, cruzándose con los integrantes de la ruta «La Barcelona de Carlos Ruiz Zafón me flipa mogollón». Tras doblar un par de esquinas, ve a un grupo de personas mirando al cielo ante la Basílica de Santa María del Mar y, sin dejar de caminar, hace lo propio, chocándose contra el guía de «La Barcelona de Carlos Ruiz Zafón, unas gárgolas del copón».

Por su parte, Kílian camina entre los escombros que el huracán Frank ha dejado a su paso, tratando de atar cabos mientras espera a que se le pasen los efectos de la sobredosis de bebida energética a su padre. Preso de la impotencia, le pisa la cabeza a un dálmeta de cerámica que se encuentra tirado en el suelo. Repite la operación con un pastor alemán, un podenco y un pekinés.

Por mucho que lo intenta, no logra entender qué clase de ser humano puede entrar en una modesta tienda como la de su padre, ponerse ciego de ganchitos, destrozarlo todo, dejar inconsciente a una persona mayor y, para más inri, largarse sin tocar ni un céntimo de la caja. Pero las piezas empiezan a encajar cuando, de forma inesperada, sus ojos se topan con un envoltorio vacío y abierto de cualquier manera. Un envoltorio que, según la foto cutre del cartón que lo acompaña, contenía una peluca en su interior; una peluca amarilla exactamente igual que la del extravagante personaje con el que se cruzó unos metros antes de llegar a la tienda.

Poseído por la rabia, agarra del suelo un enorme búho que Frank había dejado ya sin orejas y lo estampa contra la pared, haciéndolo añicos, mientras grita «¡TE VOY A MATAR, HIJO PUTAAA!». Acto seguido, tras desintegrar un reloj de cuco a puñetazos, se dirige rápidamente hacia el

mostrador con la aguja de las horas clavada en los nudillos. Allí agarra un bolígrafo, un trozo de papel y se pone a hacer el retrato robot de cuerpo entero del supuesto agresor. El eccehomo resultante —una especie de orco vestido con pantalón corto y una melena que le llega por debajo de los hombros— parece obra de un niño de cinco años sin manos.

A continuación, se saca del bolsillo un móvil con la pantalla rota y le hace una fotografía a su dibujo; foto que coloca como imagen principal del grupo de *whatsapp* que crea justo después, y al que añade a sus tres hermanos como únicos participantes. El nombre del grupo, «MATAR A ESTE IJOPUTA», no deja lugar a dudas sobre cuál es el espíritu del mismo. Y por si alguien no lo captara, el mensaje de bienvenida resulta todavía más clarificador:

Kílian» El ijoputa dl divujo q e puesto casi mata al papa;iiiiii;trankilos q ya sta bien pero me lo encontrao incosciente tiraio en l suelo cmo una mierda;ipensaba q staba muerto ijoputa lo matooooo;ii;el papa sta bien pero sa bomitao encima y guele a mierda;iq algien pase x su casa y le piye ropa;ii;VENIR AKI YA JODER Q AI Q MATAR A ESE IJOPUTA;iii;AI Q BENGAR AL PAPAAAA;iiii;kevin joder stas grabando audio y saves q no me rula l altaboz coño scribe q no te ba pasar na puto;iiiiiiiiii

Kevin» bale joder escribo!!q me stas contando!! kien a sio joder lo mato kiero matarlo yoooo pon foto dl papa sta bien en serio?????kiero ber al viejo y joder maxo arreglate ya l puto mvil!!q scribir es una mireda.pon una foto dl papa d aora!!!

Kílian» No rayes aora cn fotos nen;ii;te digo q sta bien coño;iiii;solo staba incosciente xo ya sta cosciente q lo e reanimaio;ie salvao al papa si no bengo se muere o yo q se pabo;ii;de lotro tiene alguna erida xo sta bien y na roto pq no a parao d saltar cmo un puto mono;iiii

Kevin» Y si sta bien pq no pones una foto??q te cuesta pabo?!?!como el papa ste malo te rebiento kilian en serio!!pon una foto!!!

Kílian» Q no joder q no ai fotos putoo;iiii;el papa sta tol rato saltando mu nerbioso aora a salio a tomar l aire q le dao mazo redbul y no se sta kieto pero te juro q sta bien coño confia en tu ermano o te rebiento puto;iiii

Kenay» Pero q dices Kil me kedao to loko!!!en serio no sera una broma esto no mecagondios te rebiento si es broma en serio con eso no se juega tio dime q es broma!!!y el dibujo d mierda ese kien es???

Kílian» No es un dibjuo d mierda puto es un retrato robot cmo en las pelis;ii;lo exo yo pa q sepais kien es el q ai q matar;es q me cruzao cn el notas

cuand iva pa la tienda; ; ;

Kevin» Pero Kil yo flipo osea tas cruzao cn el feo dl dibujo q le a exo eso al papa y pq no lo as rebentao putooo!!!!?????

Kilian» Giliopoya me lo e cruzao antes dentrar en l tienda yo q savia q el pelukas ese labia pegao al papa piensa cn la cabeza antes dablar joder nen q le salbao la vida al papa; ; ; balora nen balora; ; ; ; ;

Kiko» Hola mecagon laputa joder no m lo puedo crer!!! macabo d levantar i leo sta mierda tio pero el viejo sta bien no Kil???

Kilian» Q SI COÑO Q STA BIEN NO PRECUPARSE; ; ;

Kilian envía una foto de cómo ha quedado la tienda tras el ataque de locura de Frank, y Kenay, el segundo hermano más joven, contesta con otra foto de su mano empuñando un cuchillo de remate con veintiséis centímetros de hoja, como el que utilizan los cazadores. Por su parte, Kevin sube un selfie mostrando una Beretta de calibre 9 milímetros Parabellum. Kiko, el mayor de los hermanos, duda sobre la idoneidad de ir mandando fotos de ese estilo, pero se deja llevar por la emoción y la adrenalina del momento y manda una foto de su última adquisición:

Kilian» Uala notassss; ; ; ; ; eso es una laser desas no; ; ; ; ;

Kevin» Se dice taser capuyo!!

Kiko» Esacto taser jajajjj flipas me la piye aller

Kenay» Ostia tete cmo ls polis americanos!!!

Kiko» Y algnuos mosus y archaichas desos dl pais basco ya la stan enpeznd a yebar no flipes. entoabia no la e probao pero tngo ganas destrenarla cn l puto q la exo daño al papa!!!! no sabe dnnde sa metio el carasardina ese!!!

Kevin» Pero tio eso no mata yo KIERO MATRALOOOO!!!

Kiko» Calma tete la taser es pa atontarlo y ojo q t pega una dscarga q ai peña q se kaga encima jajaajaaajajajjjjj pero luego lo piyamos cuand ste en el suelo to frito i nos lo yebamos pa rebentarlo agusto ntre ls 4 mola o no mola???

Kevin» Joder ia te digoo!! pinpan pinpan en toa la boca le voi a saltar tos ls dientes y se ls voi a meter d sopusitorio!!!

Kilian» Si si eeehhhh loko yo mapunto tb lo atontas cn eso i luego lo petamos a ostias nen; ; ; ; ; ; ai q despeyearlo bibo y q mire un afoto dl papa pa q se yebe la imajen a linfierno; ; ; ; ;

Kiko» Ok tetes pero primero ai q piyarlo q no ai q cazar la piel dl oso antes d benderlo!!tu aora stas n la tienda no Kil??

Kílian» Si claro venirse ya coño y aki lo ablams ya to;;;yo e bisto al notas d cerca y podria star en l barrio aun tetes;;;

Kevin» Tiene l pelo azul cmo el dl divujo??

Kílian» No mongolo es azul pq l boli es azul carapoya;;;;yeba una peluka amariya poyo;;

Kenay» Pero le as bisto l jepeto??

Kílian» No solo despaldas y me jirao pa berlo otra vez pq baya pintaka d loko yebava el ijoputa;;era un raner desos;

Kenay» Cmo q un raner???

Kílian» Pos un raner pavo;;te digo q era un raner o yo q se pero iva vestio d raner cn peluka joder;;

Kevin» Q coño es un raner nen??!!

Kílian» Joder notas pos los que acen ranin pabo;;si esta barcelona petao nen q son un a puta plaga;;

Kiko» A ver caranchoa pos lo q dice l Kil!!raners son pos los julais que corren aciendo ranin joder!!!

Kevin» Aaa coño esooo!!!y el puto loko q la exo eso al viejo era un raner en seriooo??!!

Kílian» Si tio muy fuerte un raner;;

Kiko» No me jodas.un raner le a exo eso!!!!!!!!!!!!???

Kílian» Q si jodeer q os toi diciendo q a sio un raner coño;;;UN PUTO RANER;;;;

Kenay envía una nueva imagen al grupo. En esta ocasión, una fotografía de su miembro viril en erección, sobre el que se ha escrito el nombre «Yureima» en vertical, acompañado de una especie de corazón. A pesar de que tarda menos de quince segundos en darse cuenta del equívoco y eliminar la foto, la reacción furibunda de sus hermanos ante tamaño error no se hace esperar:

Kílian» Pero q cojones aces putoaskeroso¿¿¿¿¿

Kiko» Tio q stoy desallunando puto!!!!!!

Kevin» Vastardo te corto la poya loko q askooo.boy a tner pesadiyas x tu culpa loko!!!!kien es la yureima esa tio??es la paba esa q menseñastes q tiene

l culo cmo la niki minach???!!!!

Kenay» Joder peña mekivocao un fayo lotiene culakiera no???joder!!si kevin es la dl culazo!!

Kiko» Stas aciendo civersexo mientras ablamos del papa q casi se muere puto guarrocerdo???!!!!!!!!!!!!!!!!

Kilian» Es berda ya te bale notas un poco d respecto cabron;;stamos ablando de cargarnos al tio q casi mata al papa y tu pajiyero d mierda ai dandole a l zanbonba cn una guarriya muy bien chabal ole tu putoguarro;;yo x mi q no bengas ya ns encargams dl raner nostrs 3 q te foyen kenay en serio;;;;

Kenay» No no nooo!!!en serio perdon mira me bisto y boy pa la tienda n 15 minutso stoy ai no magais esto kiero matar a ese tio igual q bosotrs o mas pero es q la yure tiene un culazo q se te ba la oya!!!kereis q pase foto???

Kevin» Por mi bale

Kiko» No puto bete a cagar!!pasa d tias aora mamon q tnemos q bengar al papa lo q tiens q acer es ir a x ls armas q te piya mas cerca d ksa.va corre yo solo yevo la taser y una mariposa.trae alguna pipa tocha x si el notas ese va criendo y tnemos q darle plomo dsd l carro.yo tb boy pa la tienda

Kilian» A mi traeme algo pa rebentar cosas q le boi a rebentar ls deos cn los q a tocao al papa uno auno y luego se los metere x l culo sin baselina;;ese dsgraciao ba desear no aver nazio;;kiko pasas tu por ksa dl papa y le piyas ropa;;q guele a rata en serio;;

Kiko» Ok tetes n media h stoy n la tienda.kil dale un avrazo al papa y dile q el q le a excho eso se ba repentir toa su bida!!!!!!!

Km 6,94 Una pelota se acerca rodando lentamente hasta los pies de Frank. Detrás de la misma, una niña de no más de cinco años vestida con la camiseta de Messi viene a reclamarla educadamente. Lamentablemente para la pequeña, el señor extraño que sostiene su preciado balón acaba de ser poseído por el espíritu de Benji Price —portero estrella del New Team y amigo inseparable de Oliver Aton—. Con la sintonía de la serie Campeones sonando en su cabeza, Frank da unos pasitos hacia atrás para coger carrerilla y, encarnando a Benji, efectúa un enérgico saque de portería, mandando la pelota por encima de varios edificios y colgándola en la colorista techumbre del mercado de Santa Caterina.

Km 6,99 Perseguido durante unos metros por el abuelo de la pobre

criatura, que no puede parar de llorar, Frank se esfuma entre las intrincadas callejuelas del Born.

Km 7,03 Se detiene ante un pequeño estudio de tatuajes. Boquiabierto ante las fotos que decoran el oscuro aparador, siente la acuciante necesidad de hacerse uno; un *tattoo* con la cara de su adorado Oliver Aton celebrando un gol. En la mejilla, concretamente.

Desafortunadamente para Frank, la chica que lo atiende se niega a hacerle el tatuaje. No por lo ridículo del mismo ni por la zona elegida, obviamente, sino por la notoria alteración de las facultades mentales que presenta su cliente.

Km 7,05 Plagiando la estrategia que seguía Obelix para intentar que le sirvieran una tacita de poción mágica que no le correspondía, se espera en la calle un par de minutos y entra de nuevo al estudio. Impostando la voz de forma ridícula, vuelve a pedirle exactamente lo mismo a la misma chica, obteniendo el mismo resultado.

Km 7,08 Repite la operación, esta vez poniendo voz de Bugs Bunny.

Km 7,11 Lo intenta de nuevo, ahora imitando al difunto Chiquito de la Calzada.

Km 7,14 Vuelve a entrar en el estudio. Para que la chica no lo reconozca, decide girarse la peluca, sacrificando el sentido de la vista en pos del éxito de la misión. Tras golpearse contra todos los elementos del mobiliario, se tropieza con un taburete, dándose de bruces contra una enorme calavera de forja y rompiéndose el incisivo central superior que conservaba indemne. La respuesta vuelve a ser *no*.

Km 7,15 Ante la incansable perseverancia de su cliente, la tatuadora lo hace pasar a una pequeña habitación. Rotulador en mano, empieza a dibujarle la cara de su ídolo futbolístico de la infancia en el moflete derecho.

—¿Esta máquina no hace ruidito? —pregunta extrañado, todavía con la voz de niño que se le quedó después de comerse los ositos.

—Ehm... No, esta no —responde la chica mientras sacude el rotulador para que baje la tinta—. Esta es una máquina nueva con tecnología... japonesa. ¿A que no te hace daño?

—Un poquito, pero yo soy muy valiente.

Los continuos movimientos de Frank hacen que el retrato, más que a Oliver Aton, se acabe pareciendo a un híbrido entre Raphael —el cantante— y un buñuelo de bacalao; pero él sale a la calle como un niño con zapatos

nuevos, mostrando su *tatuaje* con orgullo a cada persona con la que se cruza mientras canta en bucle «*Oliver, Benji, los magos del balón...*».

* * * * *

Distancia total recorrida: 7,22 km

Frecuencia cardíaca actual: 110 ppm

Nivel de lucidez (estimado): 14/100

Daños recientes: rotura parcial del incisivo central superior derecho.

Sonando por el altavoz de su *smartwatch*: ‘¡Ay, qué dolor!’ (Los Chunguitos).

No quiero morir sin cicatrices.

—Tyler Durden (*El Club de la Lucha*)

8

Comprar las gominolas del doctor Van der Zwaanswijk fue una decisión harto complicada de tomar para Frank, un hombre íntegro y con una pirámide de valores cimentada en base a la decencia, la honradez y el cumplimiento estricto de la ley. Sin embargo, estaba convencido de que Ojeda —«un tramposo de mierda profesional», según él— recurriría a las sustancias dopantes que fueran necesarias con tal de quedar por delante de su enemigo íntimo. Así pues, si quería competir en igualdad de condiciones, no vio otra opción que renunciar a sus principios por una vez en la vida y dejar que la química equilibrara la balanza. Y fue durante una de aquellas noches de insomnio provocadas por los nervios que le generaba el advenimiento de la carrera, cuando, navegando por los rincones más oscuros de la *deep web*, consiguió el contacto del supuesto doctor.

Transcurridas casi dos horas y media desde que diera comienzo la prueba atlética, las sustancias presentes en aquellos diez ositos continúan causando estragos en los sistemas de neurotransmisión endógenos del bueno de Frank, interfiriendo en los procesos de comunicación química entre sus neuronas y, en definitiva, haciendo que se comporte como un auténtico majadero.

Km 7,52 Lo de preguntarle «¿quieres ser mi novia?» a cada chica con minifalda o shorts con la que se cruza está resultando, a todas luces, una pésima idea. En los escasos trescientos metros que recorre por la calle Princesa, y tras hacerle la impertinente pregunta a treinta y siete chicas, acumula un total de cuatro bofetadas de intensidad entre leve y moderada —tres de ellas en el lado del tatuaje, que se le ha borrado ligeramente.

Km 7,55 Todavía con la cara caliente, se para delante del aparador de una tienda de juguetes y disfraces. Extasiado ante tal cantidad de estímulos lúdicos, sus ojos no pueden parar de moverse de un lado a otro, y sus pies lo acaban llevando inexorablemente hacia el interior del establecimiento.

Las dos dependientas se juegan a Piedra, papel, tijera quién se encarga de aquel peculiar cliente:

—¿Desea algo, señor? —pregunta la perdedora.

—¿Quieres ser mi novia?

—Ehm... Lo siento, pero ya tengo pareja —miente la chica, entre sorprendida e indignada—. ¿Desea alguno de los productos que tenemos en la tienda?

—Quiero muchos ganchitos.

—Lo siento, señor, pero no vendemos comida. ¿Quiere que le enseñe algún juguete en especial?

Después de marear a la chica durante un cuarto de hora, Frank sale de la tienda con un coche de policía de Lego, un revolver de plástico metido en los shorts y un tricornio de guardia civil sujeto por una goma.

Km 7,59 Sentado en un banco a pleno sol —y con el tricornio de plasticucho actuando como acumulador de calor—, se dispone a montar su nuevo juguete, mientras los hermanos Contreras continúan planificando su asesinato por vía telemática:

Kílian» Ay q antes se ma olvidao;;;q cuando me cruzao en el ijoputa ese e scuchao una cancion como si el notas yebara un altaboz blutub desos;;

Kevin» Q cancion tete???

Kílian» Pos creo q era esa q dice lo de q si la falda yebas corta y te miran noseque poyas;me creo q la scuchava la debora vastante nose si es la ungara o una desas;;

Kevin» Pero esa no era dl fari???

Kílian» No pabo q era una paba la q cantava puto;;;

Kenay» Yo me creo q es d la melodi no??la q canta la d los gorilas u u

Kevin» Q gorilas pabo q charlas?!!

Kenay» Joder puto la d las mano aci arriba las mano aci abajo como los gorilas u u u u!!sabes la q te digo??!q se bailava aciando el surnormal

Kílian» Kenay puto cayate y mira palante;;;tas conduciendo no puto;;ademas no es d la melodi joder no flipes;;;;

Kiko» A ver stais tontos o q pasa?!!!q mas da la puta cancion y si yebaba un altaboz!TENEMS Q MATARLO NO VAILAR CON EL!!!cojones dejar ya la musica q os rebiento putoos!!!!!!!

Kílian» Es verda kiko joder pero lo e dicho pq epensao q podia ser una pista saves como ls imbestigadores pribaos q siempre se kedan ai con tos los detayes saves tete;;

Kiko» Pos bale coñio yebaba musica bale ya sta!!pero q me suda toa la poya si la cancion era de camela o dun gorila o d suputamadre

mentientes;¡¡¡ai q rebentarle la kabeza a ese puto y yasta!!!!

Kenay» Es de chalay!!!!!!lo e buscao en internec y la de q si yebas la falda corta y te miran es de chalay!!!

Kiko» Ole muy bien jenio!!te regalamos la copa d la champions lic puto??!kenay te rebiento enserio!!! joder deja d gilipoyear y ves a x ls armas ya coño!!!y no uses el mvil mientras cnduces q te bas a matar y ya e tenio vastantes disgustos oy!!!!

Kílian» Lo q tenems q acer es abisar a la peña;¡lo estao pnsando y ir nstrs solos a buscarlo es una mobida;¡los cameyos q curran pal cangrejo son buena jente y nos pueden ayudar;¡stan por todas partes;¡¡si les esplicamos cmo es el puto loko ijoputa ese lo encuentran fijo;¡no creo q aigan muxos raners cn peluka y escuxand chalay jodeer;¡¡¡¡¡

Kiko» Buena idea tete!!yo boi abisar al furbi y al legañas q siempre stan por ai rulando cn sus bainas y tienen mazo d cntactos

Kevin» Eee pos bien pensao!!!yo se lo boy a decir al lolo, al richar y al donete pa q se fijen si lo ben x ai tanvien!!

Kenay» Ostia d puta madre tete!!!!oye el primo dl armando tb es tasixta no???

Kevin» Q armando????

Kenay» El d ls guebos colgando no t jodes!!pos el palomeke coño!!!

Kevin» Aaaa el palomeke!!jo maxo y yo q se q se yama armando puto!!!

Kílian» Joder kenay q te cayes y condujcas putoooo;¡¡¡¡¡

Kenay» Ya me bajao dl coxe cagonlaputa no rayeis ya mas q parezeis la mama joder!!!!

Kílian» A bale joder pos abisa caramierda;¡¡¡¡yas yegao al trastero¿¿¿

Kenay» No pero stoi iendo paya en 1 minuto yego

Kiko» Bale ken jenial!!!abisa cuand stes ai q tnemos q ablar de q yebamos.ai q ir cn cuidao no pienso bolber al truyo x ese mongolo.a tocao al papa y va morir pero ai q ser intelijentes y rebentarlo cuando toke!!cmo sta el viejo aora kil??

Kílian» Bueno sa calmao un poco ya no salta tanto;¡pero sta ai to loko aciendo flecsiones jajajjjaj

Kenay» EEE YA E YEGAO!!!enga pedirme lo q kerais boy abrir ls cajas y piyar lo mio.yo d momento yebo l cuxillo d caza n la pierna como lo piye le atrabieso el cueyo cmo un jabali!!!

Kevin» Putamadre tete!!!a ber yo ievo la pipa pero piyame la katana!!y

mira si sta afila q le voi a kortar ls orejas y se las boy a exar al pitbul d la yeni!!

Kílian» La katana pavo en serio¿¿¿¿joder iebate un bazoca tb!!macho ai q ser dijcretos ande vas cn la katana puto¿¿¿¿

Kevin» Q pasa la yebo n la furboneta y si lo piyamos en un sitio apartao le rajo tol melon!!!trankilo tete q no boi a ir x la caye cmo el puto miqelanyelo!!!

Kiko» Q ablas notas kien es ese??

Kevin» La tortuga ninya joder!!!!

Kiko» Aaa joder bale

Kílian» El mikelanchelo no yebaba katana carapoya era el leonardo el d la cinta azul puto ai q ser imculto pa no saver eso¿¿¿

Kevin» Bueno pos me da igual señor eistein saviondo yo kiero mi puta katana!!!!piyamela tete o te rebiento la chola putoo!!!!!!!!!!

Kenay» Q si joder ya t la e piyao calma putos benga q mas??yo me boy a piyar 2 granadas d mano pq me molan y pq abra q usarlas o se ban a caducar q yeban aki la bida!!

Kiko» Eso no caduca retrasao!!!q te cres q una granada es cmo un yogul q si no t lo comes le salen bixos no puto??!jajaajj pero bueno piyatelas por si sta aciendo ranin ai a lo lejos en un sitio chungo!!

Kenay» Claro o si ai jente x dlante y no podems meterle cn la pipa le tiro una granadaka de baselina por arriva y q rebiente a caxos buuum!!!!!!

Kílian» Claro claro putoflipao vas a tirar ls granadas d baselina tocate la poya¿¿¿¿mejor las tiras d chilena cmo el cristiano no t jode¿¿¿¿tios stais d la oya¿¿¿¿kenay a mi no me piyes na¿yo me yebo mi puñio americano d briyantes con pinchos y el d cuchiyas q me tuneo el ermano dl mochete y yasta¿¿kiero aplastarle el cerebro cn mis puñios¿¿¿¿q sufru lo mismo ca sufrio el papa putooooo¿¿¿¿¿¿

Mientras atiende las peticiones de sus hermanos, Kenay inspecciona las cajas llenas de armas de todo tipo que guardan en un trastero maloliente de cuatro metros cuadrados alquilado a tal efecto. Después de jugar con las granadas de mano, las tira como si fueran patatas dentro del carro de la compra azul marino con pececitos de color lila en el que colocará los pertrechos destinados a acabar con la vida del pobre Frank, que no tiene ni idea de lo que se le viene encima.

Kiko» Mui bien broder asin se abla!!con los puños como chat norris pinpan toma lakasitos!!!!yo es q kiero usar la taser pa freir al notas como un bokeron y luego pos ya lo petamos a ostias!!!y tb me boi a yebar el taladro cn una broca tocha pa agugerarle la caveza aber si asin se le pasan ls ganas d pegarle a los biejos!!!!

Kílian» De puta madre teteee eso va molar caxo ai metiendole un boketako cn la blacandeker buaaa chabaaal brikomania jaajajajjjjiiiiiii

Kenay» Jajaaaj madremia la q bamos a liar!!como te lo curras tete joder bien pensao!!!pero el taladro sta aki??

Kiko» Noo lo tngo yo en ksa ken!!

Kenay» Bale pero igualmnte dnd lo bas a enchufar si stamos por ai dandole lo suyo??!

Kiko» Es un taladro sin cavle carapoya!!!!

Kenay» Aaaa bale joder y yo q se q eso esixte!!!!!!

Kevin» Jaaajajaaaa kenay mongoloooo jaajaajaaajjjjjjjj oye a mi piyame tb la vallestá q si sta a tiro le boy a meter ai una flexa en toa la oya a lo gualkin det!!!

Kílian» Cayate anda putoloko;;ya te yevas la katana deja la vayesta trnkila ademas no tienes ni puta idea;;cuando a sio la ultima bez cas practicaoo¿¿¿¿

Kevin» Pos no ace ni un año q stubimos practicando en ksa dl vanili

Kílian» Enga no me jodas q la bas a liar;;y el ijoputa ese no es como un zonbi de ualkin det q no se mueben pq stan rebentaos;el pelukas es un raner y ira pos corriendo aciendo ranin;;no le das cn la flechxa ni de coñia puto no flipes motibao keres un motibao;;iiii

Kenay» Jajaaa oye kil en serio q no t traigo na??!

Kílian» No yo me yebo mis puños y un cuchiyó jamonero daki d la tienda pa cortarle la poya a tiras;; bueno si siiii espera;;piyame la acha tanvien q lo boi a dejar cmo una patata;;iii

Mientras los cuatro sicarios ultiman los detalles para dejar a la pequeña Rita huérfana de padre, esta mira *ET* por septuagésima tercera vez junto a su madre, que le acaricia el pelo sin apartar la mirada de la pantalla del móvil. Desgraciadamente, Frank —que lleva diez minutos intentando montar el coche de policía de Lego y todavía no ha colocado ni una sola pieza a derechas— continúa sin aparecer por la zona de meta. Tampoco saben nada

de él sus amigos, ni está ingresado en ningún hospital, lo cual no hace otra cosa que reforzar las macabras teorías de Victoria. Tanto es así, que la mujer decide tomar las riendas del asunto de forma proactiva, creando también su propio grupo de *whatsapp* —de nombre «¡¡FRANK SECUESTRADO!!»—, al que añade únicamente a sus amigas de confianza con el fin de desahogarse y, sobre todo, de organizarse para rescatar a su hijo de las garras de la persona, secta u organización criminal que lo haya raptado.

* * * *

Distancia total recorrida: 7,59 km

Frecuencia cardíaca actual: 103 ppm

Nivel de lucidez (estimado): 13/100

Daños recientes: no destacables.

Sonando por el altavoz de su *smartwatch*: ‘Hazle caso al Juaqui’ (Maita vende ca).

Para mí, comer es proclamar mis creencias tres veces al día. Tres veces al día, recuerdo que no quiero causar dolor ni matar a otros seres vivos.

—Natalie Portman

9

Atraído por lo alternativo de su *look* y por el ritmillo de la música que se escapa de su reloj, un indigente se sienta al lado de Frank. No puede evitar sentir cierta lástima por aquel estrambótico hombre adulto incapaz de colocar correctamente ni una sola pieza de un juguete indicado para niños de cinco años en adelante; aunque, en cierto modo, le reconforta ver a alguien todavía más perdido que él.

Ocho minutos después, con el coche de policía perfectamente ensamblado gracias a la inestimable ayuda de su compañero de banco, Frank decide que ha llegado el momento de partir. En un bonito gesto, decide regalarle su preciado juguete a Nico, el indigente —antiguo *Sales manager* y posteriormente CEO de una compañía de cigarrillos electrónicos—, que lo acepta con lágrimas en los ojos. En señal de agradecimiento, él obsequia a Frank con un trozo mordisqueado de bocadillo relleno de una sustancia espesa indefinida y fragmentos de algo que tampoco sabe —ni le interesa— identificar. Mientras termina de engullirlo, se funden en un cálido y maloliente abrazo, justo antes de que cada uno prosiga su camino hacia ninguna parte.

También Victoria lucha por contener las lágrimas mientras graba el primer audio para Pili, Mercè, Amparo, Gisela, Conchita y Montserrat, las integrantes del grupo que acaba de crear; todas ellas jubiladas y miembros prominentes del club de fans de Jessica Fletcher, la protagonista —entrañable para algunos y odiosa para otros— de *Se ha escrito un crimen*. El audio en cuestión, que se alarga hasta los seis minutos debido a los continuos parones motivados por el estado emocional de Victoria, dice así: «Nenas, no os lo vais a creer, pero estoy casi al cien por cien segura de que Frank ha sido secuestrado. No sé ni si podré acabar de grabar esto, porque estoy en *shock*... Cada minuto que pasa estoy más desesperada, y os lo cuento a vosotras porque sé que sois las únicas que me podéis entender. Ya han pasado más de tres horas desde que empezó la... Bueno, si os acordáis, os comenté que mi hijo se había apuntado a una carrera, y que esta mañana me iba a esperarlo a

la meta con Raquel y la nena, ¿verdad? Bueno, pues en teoría tenía que llegar en una hora más o menos, pero... ¡pero han pasado más de tres horas y no sabemos nada de él! Raquel ha llamado a sus amigos, yo he llamado a todos los hospitales, hemos hablado con los que han montado la carrera... y nadie sabe nada. ¡Es como si se lo hubiera tragado la tierra! Y claro, a la policía no quiero ir todavía porque me van a tomar por loca, como siempre, y me van a decir que hasta que no pasen doscientas mil horas de la desaparición no pueden hacer nada y blabla, así que nos tendremos que apañar nosotras solas... Mi nuera, pobre, está en casa con Rita, intentando tenerla distraída. Le he dicho yo que se fuera, porque claro, con estos calores, no es bueno que la nena estuviera tantas horas aquí de pie. Además, estamos muy nerviosas, y... Bueno, total, ¡que estoy segurísima de que me lo han secuestrado, nenas! *(Llegados a este punto, Victoria se derrumba, y pasa casi un minuto hasta que vuelve a estar en condiciones de seguir grabando:)* Con la ilusión que le hacía esta carrera al pobrecillo, que hacía meses que no hablaba de otra cosa... ¡¿Por qué hay tanta gente mala?! ¡¿POR QUÉÉÉ?!... Ay, perdonadme, pero es que... Bueno, y lo que os decía, que tengo sospechas muy serias de quién puede estar detrás de todo esto. No quiero dar muchos más detalles por aquí, porque ya sabéis que esto del *guasat* no es del todo seguro, pero... A ver, tengo dos teorías: una es que haya sido una secta. Últimamente, en España hay bastantes movidas con todo eso del satanismo, rituales... En fin, lo que hablábamos en el bingo el otro día. Y la otra sería el tema del tráfico de órganos; porque parece que eso solo pase en África, en China, o sitios así; pero no, aquí también existe, y podría ser que alguien... No sé, que alguien hubiera visto a Frank, un hombre... más o menos joven..., más o menos deportista..., más o menos delgado... Bueno, a ver, delgado tampoco, pero desde que corre ya no está tan regordete. Ha perdido como ocho o nueve kilos, y además ha dejado de fumar, así que igual... igual lo han secuestrado para sacarle los pulmones y vendérselos a... yo qué sé, a un ricachón americano con asma, o a algún maharajá de la India con los pulmones destrozados, o vete tú a saber... ¡No sé, nenas, pero decidme qué podemos hacer, porque estoy desesperada!».

En menos de diez minutos, todas sus amigas graban su correspondiente audio de apoyo incondicional a Victoria, mostrándose dispuestas a hacer lo que sea necesario con tal de recuperar a su hijo sano y salvo. La primera idea factible que surge tras un caótico batiburrillo de audios y mensajes de texto

proponiendo todo tipo de teorías alternativas y locuras irrealizables —o directamente ilegales—, es imprimir una fotografía de Frank y colgarla por los semáforos y farolas de Barcelona.

Tras una estéril discusión sobre si es mejor utilizar celo normal, de doble cara o cinta aislante, finalmente alcanzan una solución consensuada: «Que cada una use lo que le salga del toto». Las encargadas de colgar los carteles serán Mercè, Conchita, Amparo y Montserrat; mientras que Gisela —que hace tres años realizó un cursillo de informática de veinte horas— se ofrece para llevar a cabo el diseño y la impresión de los mismos. Pili, por su parte, queda con Victoria para pasar por Montjuïc a recogerla en su Vespa e ir juntas a patrullar por los rincones más sórdidos de la ciudad en busca de su hijo, o, si más no, de alguna pista que las pueda llevar hacia él antes de que sea demasiado tarde.

Km 8,06 Lejos de estar siendo ofrecido a Satanás, o recluido en un tenebroso zulo de quién sabe dónde, esperando a que quién sabe quién le haga quién sabe qué, el trasero de Frank vuelve a estar posado en un banco. Recubierto de palomas, termina de comerse la caja de donuts número veintiuno —de las veinticinco que se ha comprado—; pero después de darle el último bocado al octogésimo quinto donut, su estómago vuelve a decir basta. Una cascada de vómito ahuyenta a la mayor parte de las palomas que se encontraban picoteando en su regazo y entre los paquetes vacíos que ha ido tirando al suelo sin ningún miramiento. Una de las valientes que deciden quedarse comete la imprudencia de llevarse al pico uno de los escasos restos de osito negro que encuentra entre lo regurgitado. Tras desplomarse y volverse a incorporar hasta en cuatro ocasiones, el pobre animal se va volando marcha atrás hacia un quiosco cercano y se pone a leer *La Razón*.

Pasado el momento *detox*, Frank da buena cuenta de los quince donuts restantes y reanuda su marcha en dirección sudoeste.

Km 8,63 Alcanza la cola de una manifestación por los derechos de los animales, que discurre pacíficamente lanzando proclamas en contra de la explotación y el abuso de los mismos.

Km 8,69 Continúa avanzando entre los manifestantes, que observan con incredulidad a aquella piltrafa humana cuya cabeza se halla coronada por un tricornio forrado de excrementos de paloma.

Km 8,77 Frank se encuentra cada vez más cómodo entre la multitud, que

no para de gritar consignas como: «¡Baaasta ya de maltrato animal!»; «¡Soomos la voz de los que no la tienen!»; o cancioncillas que subrayan la falta de empatía —y de luces, en general— de los toreros.

Km 8,98 La marcha se detiene momentáneamente delante de un *McDonald's*. Los manifestantes —vegetarianos o veganos en su gran mayoría— empiezan a gritar repetidamente: «¡Ni toros en las plazas, ni vacas en los platos!». Aunque no entiende absolutamente nada de lo que pasa a su alrededor ni por qué protesta toda esa gente, el nivel de excitación de Frank no hace más que aumentar. Envalentonado, le arranca el megáfono de las manos a un chico que viste una camiseta con el lema «Stop the animal holocaust» y lanza un ensordecedor e interminable bramido, más propio de un neandertal tras derribar a un mamut, que de un ser humano en sus cabales. Acto seguido, para sorpresa del personal, suelta el megáfono y se dirige con decisión hacia el interior del *McDonald's*.

Como cabía esperar, no tardan en surgir especulaciones de toda índole sobre qué será capaz de hacer aquel extraño personaje dentro de la tienda de comida rápida: «Ese tío la va a liar muy parda»; «Esto es una protesta pacífica, y el friki ese va demasiado alterado»; «Tal como ha entrado, ese es capaz de pegarle fuego al garito»... Sin embargo, en cuestión de minutos, Frank sale del *McDonald's* con la boca rebosante de *McCroquetas* de jamón, un cubo de veinticinco *McNuggets* bajo el brazo derecho, otro con otras tantas alitas de pollo bajo el izquierdo, una bolsa con 10 *Big Macs* —sin lechuga— y un par de *Happy Meals*.

Como si nada, vuelve a integrarse con los manifestantes entre un abucheo épico y algún leve zarandeo; aunque ni lo uno ni lo otro parece quitarle el apetito, pues se traga los *McNuggets* casi sin masticar.

A pesar de que el 99,9 % de los manifestantes se comportan de forma cívica, limitándose a silbar a Frank —que continúa devorando alitas de pollo sin que la ausencia de incisivos superiores parezca afectarle demasiado—, un exaltado termina cayendo en la supuesta provocación y va un paso más allá, lanzándole un manojo de zanahorias y un bloque de tofu congelado que, este sí, impacta de lleno contra su objetivo. Sangrando abundantemente por la nariz —aunque sin dejar de ingerir alitas—, es escoltado por un grupo de manifestantes, que lo acompañan hasta una calle aledaña y le recomiendan que no vuelva a unirse a la manifestación y que, sobre todo, vigile sus niveles de colesterol.

A todo esto, Kenay se planta delante de la tienda de su padre, cuya persiana metálica está completamente bajada. El mango de la catana asoma por la parte superior del carrito repleto de armas de todo tipo que le acompaña:

—¡Abrirme la puerta, putos! —grita mientras aporrea la persiana.

—¡No grites, caramierda! —contesta Kiko, que aguarda en el interior junto a su padre, Kevin y Kílian. Este último se dirige hacia la entrada, sube la persiana lo justo para que pueda pasar su hermano y la vuelve a cerrar.

—¡Tira padentro, anda, pajillero, que eres más tonto que un bocao en la polla! —le dice a Kenay, que suelta el carro para ir a abrazar a su padre.

Después de analizar la situación, definir el *modus operandi*, repartirse las armas y fantasear con el amplio abanico de torturas a las que piensan someter a Frank antes de mandarlo al otro barrio, los cuatro vástagos del tendero se ponen manos a la obra y empiezan a limpiar, recoger y adecentar mínimamente el local mientras esperan la llamada de cualquiera de sus más de cincuenta informadores repartidos por toda la ciudad.

Km 9,98 Con la barriga a reventar de pollo y hamburguesas tras el enésimo atracón de la mañana, y habiendo recorrido prácticamente los diez kilómetros de los que constaba la carrera —aunque por un recorrido alternativo y a un ritmo lamentable—, Frank se detiene al final de la calle Nou de la Rambla. Sin saber ni cómo ha llegado hasta ahí, se encuentra justo ante una de las innumerables vías de acceso a la montaña de Montjuïc. Aunque el motivo de su parada no tiene nada que ver con su ubicación —pues realmente no sabe ni en qué calle/ciudad/país/planeta se encuentra—, sino con una incontenible necesidad de evacuar.

Km 10,00 Casi obligado por lo urgentísimo del asunto, se sitúa junto a uno de los árboles recientemente plantados en la misma acera y, con los pies dentro del alcorque —ese cuadradito de tierra donde perros y niños incontinentes suelen hacer sus necesidades—, procede a bajarse los pantalones. Ni corto ni perezoso, se coloca en cuclillas y, agarrado con las dos manos al tronco del joven árbol cual bailarina de *pole dance*, aprieta lo que tiene que apretar para dar por iniciada la deyección —acción que suele llevar a cabo un par de veces al día con total regularidad y sin el más mínimo problema—. No obstante, la cantidad ingente de alimento ingerido en

cuestión de horas, combinado con los efectos secundarios de los ositos, hacen que aquello parezca el parto de la burra.

Por mucho que se esfuerza, algo impide que el proceso de evacuación pueda ejecutarse de manera exitosa. Con las venas de la frente y del cuello a punto de estallar, aferrado al tronco del arbolillo como si pretendiera estrangularlo y berreando cual venado en celo, no es de extrañar que, pese a no encontrarse en una zona demasiado concurrida, tenga ya cinco espectadores. Es tal la hinchazón de su cara mientras grita y zarandea al pobre árbol, que la goma que sujetaba el tricornio a su cabeza termina rompiéndose, saliendo este disparado. Con el tricornio de baratillo todavía en el aire, una serie de dramáticas contracciones seguidas de un rugido desgarrador indican que, finalmente, su cuerpo ha empezado a expulsar lo que tuviera que expulsar.

El proceso de evacuación se dilata durante casi tres minutos, permitiendo que el público asistente aumente hasta llegar a la nada desdeñable cifra de diecisiete espectadores, que no dan crédito a lo que ven sus ojos. Uno de ellos, enojadísimo, decide ir en busca de un agente de policía con el fin de que «enchirone al exhibicionista de mierda ese»; y otra, exalumna de la Escuela Superior de Cine de Catalunya, graba la *performance* con su celular utilizando planos picados, contrapicados e incluso un *travelling* circular, que aportan un plus de profundidad y dramatismo a la escena.

Pero si el proceso de creación ha sido sorprendente y repulsivo a partes iguales, el resultado del mismo lo es todavía más. Ninguno de los ahí presentes es capaz de asimilar que aquella descomunal montaña de excrementos negros como el carbón haya podido salir del cuerpo de un solo ser humano.

Con la cara todavía roja y sudando como si acabara de terminar el maratón del Sáhara, Frank se sube los *shorts* con total parsimonia, obviando cualquier tipo de higienización de la zona cero. Profundamente aliviado, aunque con las piernas aún temblorosas y algún que otro calambre en los glúteos y la zona abdominal, desaparece por una frondosa calle que sube hacia Montjuïc.

* * *

Distancia total recorrida: 10,02 km

Frecuencia cardíaca actual: 138 ppm

Nivel de lucidez (estimado): 12/100

Daños recientes: pequeña brecha de 13 mm en la nariz por impacto de alimento en estado de congelación.

Sonando por el altavoz de su *smartwatch*: 'Como un volcán' (Calaitos).

No estoy en peligro, Skyler. Yo soy el peligro.

—Walter White (*Breaking Bad*)

10

—¡Nenaaa! ¡Aquíí! —grita Victoria al divisar el inconfundible casco negro con hojitas de marihuana de Pili, que ha venido a recogerla en su Vespa, también de color negro y con el mismo estampado que el protector de mollera—. Gracias por venir tan rápido, cariño —le dice a su amiga, que le contesta con una sonrisa de complicidad acompañada de un «calla y ponte el casco, va», mientras le acerca uno como el suyo, pero en color amarillo, por lo que las hojas de maría resaltan todavía más. No la llaman «Pili Porros» por casualidad.

Victoria se coloca el casco y sube rápidamente a la moto, que sale disparada tras el golpe de gas de su amiga.

—¿A dónde vamos? —pregunta la mujer, ávida de aventuras.

—No lo sé, nena. Estoy perdida. Necesito una señal. Tú tira hacia abajo y ya te... ¡Espera, espera, para! —grita mientras golpea repetidamente el casco de Pili, que frena de golpe cuando todavía no llevaban ni diez segundos en marcha.

—¿Se te ha caído algo? —pregunta extrañada.

Sin mediar palabra, Victoria baja torpemente de la moto y se dirige medio agachada hacia un elegante remolque de color negro destinado al transporte de caballos. Un presentimiento le dice que su hijo podría estar dentro de aquel remolque enganchado a un lujoso todoterreno, cuya reluciente carrocería de color blanco diamante refleja el sol del mediodía. Sigilosa como la sombra de un ninja, con el casco puesto y el corazón a mil, se sitúa en uno de los laterales del remolque, con la intención de mirar a través de una pequeña ventanita enrejada. Lamentablemente para ella, esta queda a una altura que no logra alcanzar ni poniéndose de puntillas, por lo que decide tomarse unos segundos extra para pensar una nueva estrategia de actuación. Pero, para su sorpresa —y la de Pili, que acababa de bajar de la Vespa por si su amiga necesitaba refuerzos—, el intermitente izquierdo del Mercedes 4x4 empieza a parpadear y, segundos después, vehículo y remolque comienzan a descender por la carretera que bordea la montaña de Montjuïc.

Corriendo por encima de sus posibilidades, las dos mujeres vuelven a subirse a la moto de un brinco, dando por iniciada una alocada persecución que se alarga hasta llegar a la altura del Museo Etnológico. Aprovechando que el todoterreno se ha tenido que parar en un paso de cebra, Pili cruza la Vespa delante del mismo. Desafiando al miedo, se dirigen con decisión hacia la posición del conductor y, como si fueran dos Navy SEALs en plena operación de asalto, le dan la brasa hasta que el hombre accede a abrir el remolque de mala gana.

La cara desencajada de Victoria al comprobar que está completamente vacío refleja a la perfección el estado en el que se encuentra. «Malditas locas», murmura el hombre, que procede a apretar el botón de encendido de su Mercedes Clase GLC mientras sus dos asaltantes vuelven a subirse a la motillo para proseguir con su búsqueda.

Km 10,75 Junto a uno de los cuidados parterres que dan colorido a la plaza de la Armada, con una pequeña franja de Mediterráneo como decorado, Frank mantiene una acalorada discusión con un vendedor de globos de helio. La posibilidad de entendimiento entre ambos es casi una quimera, pues el dominio del castellano por parte del pakistaní es similar al de un niño de cinco años, y el de Frank, en estos momentos, al de uno de tres.

—¡Quieo a globo oraimo! —dice por quinta vez, señalando el globo con forma de Doraemon, el gato robótico de dibujos animados con la capacidad de sacar todo tipo de objetos alucinantes de su bolsillo mágico.

—Si tú no dinero, no globo, amigo —contesta el vendedor, cuya paciencia está empezando a agotarse.

—¡Quieo a globo oraimooo! —repite Frank, que no sabe qué ha hecho con el poco dinero que le quedaba.

—Amigo, eres muy, muy, muuuy pisado, ¿eh? Ti digo qui si no dinero, no globo.

—¡A GLOBO ORAIMOOO!

Como un niño malcriado —y algo desequilibrado— se tira al suelo y, gimoteando de forma dramática, se aferra a la pantorrilla del comerciante, que tiene que contenerse para no pisarle la cabeza. El pobre hombre lleva casi cinco minutos lidiando con Frank y defendiendo su más que lícita postura: no piensa darle el globo si antes no se lo paga. No obstante, siente que la presencia del loco de la peluca y la cara desfigurada le está espantando la

clientela, por lo que, tras valorar pros y contras, termina cediendo. A regañadientes, y mientras le dedica todo tipo de insultos en su lengua natal, le hace entrega de su ansiado globo y le invita a irse a tomar «por dondi amargan los pipino».

Km 11,36 Después de presentarse a su nuevo y todopoderoso amigo de helio con forma de gato cósmico, y como no podía ser de otra forma, le pide su primer deseo. De no haber consumido aquella nefasta mezcla de sustancias psicotrópicas, el único deseo que tendría en mente sería, sin lugar a dudas, atravesar el arco de meta por delante de Ojeda. En cambio, la petición que le hace al Doraemon hinchable no es terminar mejor o peor clasificado en la carrera —de la cual ni se acuerda—, sino «ser tan fuerte como Rocky», el protagonista de una de las películas que más docenas de veces vio durante su niñez.

Km 11,51 Sintiendo el hombre más fuerte del Universo, llega a una zona de escaleras situadas en medio de una arboleda. Más de cincuenta escalones que, sin motivo aparente, sube a cuatro patas mientras canta la famosa canción de la célebre escena en la que Rocky Balboa sube corriendo por los escalones que llevan a la explanada donde se encuentra el Museo de Arte de Filadelfia; o eso cree, pues en realidad no está cantando el tema central de la banda sonora de Rocky, sino la canción de *Dora la exploradora* —los dibujos favoritos de su hija.

Km 11,86 Al llegar arriba, vuelve a colocarse sobre dos patas y empieza a saltar y a gritar levantando los puños; todo esto ante la mirada asombrada de un chico de unos veinticinco años que, sin previo aviso, se abalanza sobre Frank e intenta inmovilizarlo. Pero este, poseído por el boxeador que en su día interpretó Sylvester Stallone, consigue zafarse del nada amistoso abrazo de aquel muchacho con pinta de quinqu profesional y lanza un rosario de brutales puñetazos. Ninguno de ellos da en el blanco ni de lejos, pero es tal la violencia de los ganchos de derecha y de izquierda de Frank, que su misterioso atacante huye despavorido.

Dos minutos después, el móvil de Kílian empieza a sonar.

—¡Es el Cangrejo! —exclama, mirando la pantalla del móvil excitadísimo y provocando que sus hermanos se olviden de las armas por unos instantes y se arremolinen a su alrededor—. ¡Callarse, jodé! —añade justo antes de descolgar.

La conversación dura exactamente cincuenta y siete segundos; tiempo

suficiente para recabar los datos que necesitaba. Después de agradecerle al Cangrejo que lo haya llamado personalmente, cuelga y pasa a transmitir la información a sus hermanos:

—¡Lo vais a flipar, tetes! ¡El hijoputa está en Monyuí! ¡Dice el Cangrejo que casi se carga a uno de sus hombres, y que va por ahí to loco!

—¡No me jodas, nen! ¿Pero *seguro* que era él? —pregunta Kiko entre el alboroto general.

—¡Que sí, coño! ¡Que dice que era un notas vestío de raner con un pelucón flosflorescente y la musiquilla de Camela por ahí sonando! —aclara Kílian.

—¿Pero no era Chalay? —pregunta Kenay, a quien los datos aportados por el informador del Cangrejo parecen no resultarle suficientemente definitivos.

—A ver, puto mongolo..., estaba escuchando Chalay *antes*, pero puede haber cambiao, ¿no? —contesta Kevin, indignado—. No va a estar escuchando Chalay tol puto día, joder.

—¡Ah! Y dice que también llevaba un globo del *dorailo* ese de los dibujos —añade Kílian.

—¿Qué dorailo, pavo, qué charlas? —pregunta Kenay, descolocado.

—¡Joder nen, pos el bicho cabezón ese to feo que tiene como poderes! —responde Kílian.

—¿Un bicho to feo con poderes? Entonce tú estás hablando del Pikachu, gilipolla.

—¡Que no, caramierda, que no me líes! ¿El Pikachu es cabezón? No, ¿verdá? ¡Pos entonces! A mí el Cangrejo ma dicho que llevaba un globo de esos de litrógeno que vuelan parriba con la forma del *dorailou* ese o como se llame. ¡Y no me rayes ya más, puto!

—¡Enga tetes, dejarse de polladas o sus reviento la cabeza! —exclama Kiko, tratando de encauzar la conversación—. ¡Pillar las armas que nos vamos pa Monyuí! ¡Vamos a arrancarle los huevos a ese puto! ¡VAMOOOS!

—Oye, pero una cosa: ¿qué hacemos con el papa? ¿Nos lo llevamos pa tenerlo controlao o lo dejamos aquí atao? —pregunta Kenay.

—¡¿Como que atao, caramierda?! —le responde Kílian, furioso—. ¡Que es el papa, no un puto caniche!

Mientras los cuatro sicarios suben con su padre y los instrumentos de

matar a la furgoneta de Mudanzas Contreras —negocio ficticio que utilizan de tapadera para encubrir el auténtico origen de sus ingresos—, Raquel vuelve a hacer una ronda de llamadas a los amigos y conocidos de Frank, por si tuvieran alguna novedad. Victoria y Pili siguen dando tumbos por Barcelona con la Vespa, escudriñando los rincones más escondidos de la ciudad, aunque sin una estrategia de búsqueda definida, por lo que no hacen más que dar palos de ciego y meterse en berenjenales.

Km 12,30 Tumbado panza arriba sobre la cuidada hierba de uno de los incontables jardines que salpican la montaña de Montjuïc, Frank lleva un buen rato pidiéndole todo tipo de locuras a Doraemon, que se mantiene impertérrito en el aire, a merced de una brisa casi imperceptible. La última petición ha sido un par de «alas mágicas para volar», deseo que también le ha sido concedido. Así pues, sin despegar la espalda del suelo, sueña que vuela de forma totalmente realista: donde antes veía el cielo, ahora ve el plano aéreo de una especie de ciudad de dibujos animados, por el cual imagina que se desplaza, moviendo los brazos arrítmicamente cual gaviota con problemas de psicomotricidad.

Al ver los extraños movimientos de brazos —acompañados de unos inquietantes graznidos— del hombre del globo, dos chicas que estaban disfrutando de un agradable pícnic a unos quince metros de él deciden recoger sus bártulos y se van sin hacer ruido, por lo que pudiera pasar.

Dieciséis minutos después de arrancar, los hermanos Contreras bajan de la furgoneta, aparcada en una zona céntrica de Montjuïc, entre el castillo y el estadio que albergó las pruebas atléticas durante las Olimpiadas del '92. Con las armas camufladas como buenamente han podido, los hijos del tendero —que entre los cuatro suman un total de trece asesinatos, ochenta y dos piernas rotas, ciento treinta y cuatro palizas, sesenta dedos cortados y veintitrés extracciones de dientes sin anestesia— salen a la caza y captura de su presa. Cada uno de ellos parte en una dirección distinta, aunque es Kílian, que lo hace en dirección este, quien va mejor encaminado. Armado con un hacha, un cuchillo jamonero —ambos guardados en una mochila de Spiderman que ha cogido de la tienda— y un par de amenazadores puños americanos que luce sin preocuparle demasiado la posibilidad de cruzarse con algún policía, avanza por un parque repleto de altísimas palmeras. Aunque

sus sentidos están centrados al cien por cien en encontrar a su víctima, no puede evitar que una pequeña parte de su cerebro fantasee con las atrocidades que tiene pensado hacerle en cuanto le eche la mano encima.

Km 12,67 Después de pedirle al globo una máquina para ser invisible, Frank avanza por el arcén de la carretera que lleva al castillo. Ahí se cruza con un chico que permanece de pie junto una impresionante bicicleta de aspecto futurista, y que no para de hablar mientras mira la pantalla de su móvil, el cual mantiene sujeto como si fuera a hacerse un *selfie*. Se trata de Valentí Sanjuan, un deportista con cientos de miles de seguidores en las redes sociales, acostumbrado a participar en las pruebas ciclistas y triatlones más extremos del planeta. Creyendo que no puede verle, Frank se coloca a su lado y empieza a hacer monerías; pero desgraciadamente para él, no solo lo está viendo el ciclista, sino los miles de espectadores que asisten al directo que está emitiendo a través de instagram para comentar las sensaciones tras los primeros kilómetros sobre su nueva bici.

Sorprendido por la interrupción, en un primer momento baraja la posibilidad de excusarse ante sus seguidores y hacer un parón en el directo. Sin embargo, al ver que aquel extraño personaje de dientes negros parece inofensivo, opta por seguir emitiendo:

—¿Qué pasa, campeón? Te gusta mi bicicleta, ¿eh? —le pregunta, aguantándose la risa al ver a Frank lamiendo el sillín—. Aunque yo que tú no lo chuparía mucho, porque está sudadillo, ¿eh?

Pero Frank, completamente ido, sigue comportándose como si nadie lo pudiera ver: lo mismo salta, que se hurga la nariz a dos manos, que se pone a imitar a un elefante... Al comprobar que está peor de lo que pensaba, Valentí decide despedirse momentáneamente de su audiencia para preguntarle a Frank si necesita ayuda y, sobre todo, apartarlo de la carretera, pues, aunque casi no pasan coches, ponerse en medio de la misma a hacer el pino sigue siendo una práctica de alto riesgo. Pero cuando está a punto de cortar la conexión, contempla patidifuso cómo cae un revólver de color negro de los pantalones de Frank, que al abrir la mano para recogerlo deja escapar involuntariamente a Doraemon.

—¡ORAIMO! ¡ORAIMOOO! —grita desesperado mirando hacia el cielo, con lágrimas en los ojos y el realista revólver de juguete en la mano.

Valentí —que al ver el arma de Frank se ha olvidado de cancelar el

directo, por lo que continúa emitiendo sin querer— intenta mantener la calma. «Eh, tío, va, suelta la pistola», le pide, con las manos arriba en son de paz, intentando tranquilizarlo. Pero la cosa se pone especialmente fea cuando Frank, convencido de que Doraemon se ha marchado volando por su culpa, se dirige furibundo hacia él con la intención de encañonarlo. Por suerte, su distorsionada percepción de la realidad hace que se tropiece con su propio pie y termina cayendo aparatosamente, lo que le brinda unos segundos de oro para poder escapar.

Mientras el ciclista huye carretera abajo batiendo su propio récord de velocidad, centenares de seguidores suyos colapsan la centralita de la policía para informar de que en Montjuïc hay un loco armado.

* *

Distancia total recorrida: 12,69 km

Frecuencia cardíaca actual: 158 ppm

Nivel de lucidez (estimado): 11/100

Daños recientes: no destacables.

Sonando por el altavoz de su *smartwatch*: ‘Que me coma el tigre’ (La Húngara).

La última partida. Lo que hagas ahora decidirá si tu día de mierda se convierte en tu último día de mierda, o solo en un día de mierda más.

—Negan (*The Walking Dead*)

11

«SE BUSCA VARÓN DE 35 AÑOS VESTIDO DE RUNNER. 168 CM. 74 KG. RESPONDE AL NOMBRE DE FRANK. PODRÍA ESTAR ASUSTADO». Y bajo esta somera descripción, la foto del desaparecido con unos píxeles de tamañas dimensiones que, más que un retrato de Frank, parece un personaje del Minecraft.

Después de innumerables problemas técnicos durante la fase de diseño, Gisela termina por fin de imprimir los doscientos carteles con los que Mercè, Amparo, Conchita y Montserrat piensan decorar los semáforos de media Barcelona. La autora de los mismos no las puede acompañar, pues, como cada sábado —y algún que otro domingo—, se encuentra al cuidado de seis de los ocho nietos que su único hijo ha tenido a bien engendrar con hasta cuatro mujeres distintas.

Km 12,92 Después de un rato tirado entre unos setos llorando la pérdida de Doraemon, una mariposa blanca revolotea alrededor del desaparecido hijo de Victoria para terminar posándose en su mano. Un rayo de sol filtrado por las hojas de una frondosa encina ilumina al precioso insecto alado, que sufre un curioso proceso de antropomorfización a ojos de Frank, abandonando su apariencia de lepidóptero para convertirse en una representación de la Virgen María, aunque con el rostro y las hechuras de Beyoncé.

Mientras Frank y aquella Virgen sui géneris mantienen una interesante conversación sobre el precio de los aguacates, los hermanos Contreras siguen rastreando cada palmo de terreno en busca de alguna pista que pueda guiarles hacia su presa. El único que no está del todo centrado en la búsqueda es Kenay, que a pesar de llevar su cuchillo de caza listo para la acción y dos granadas de mano guardadas en una riñonera roñosa de Bon Jovi, está más pendiente de contestar a los mensajitos que Yureima no para de enviarle —algunos con foto de regalo incluida—. De todas formas, avanza en una dirección totalmente opuesta a la posición actual de Frank, por lo que su escaso nivel de implicación en la misión termina resultando irrelevante.

Tampoco Kevin va demasiado bien encaminado. Con la catana recién afilada dentro de una funda de guitarra y su Beretta 9 mm en el cinturón, camina a paso ligero por delante de la Fundación Joan Miró, lo que le sitúa a más de un kilómetro de su objetivo.

Por su parte, Kiko, que lleva la Taser y el taladro sin cables en una bolsa de Frutería Paco para no levantar sospechas, está mucho más cerca de Frank de lo que él mismo cree. A pesar de que también partió en una dirección equivocada, su pésimo sentido de la orientación ha hecho que se encuentre a escasos doscientos metros de Kílian, el mejor posicionado de los hermanos.

Lo que los cuatro desconocen es que no solo ellos andan tras la pista de Frank, pues —aunque los expertos de los Mossos d'Esquadra creen que la pistola que aparece en el vídeo del directo podría ser de juguete— quince dotaciones de la policía autonómica patrullan ya por Montjuïc tras el aluvión de llamadas de seguidores de Valentí Sanjuan denunciando el suceso.

Entre tanto, Victoria y Pili están a punto de hacer algo que podría poner en serio peligro su integridad física. Sabedoras de ello, deciden fumarse un porro a medias antes de entrar en acción. Tras dar la última calada —quién sabe si de sus vidas— se dan un sentido abrazo entre risas nerviosas. Se encuentran en un rellano controlado por las cucarachas, a punto de llamar a lo que queda del timbre de un cochambroso narcopiso del barrio del Raval. Si la información que les ha pasado un expolicía y compañero del club de fans de Jessica Fletcher es cierta, ahí podrán hablar con un tal Giovanni «el Cachos», un anciano yonqui que por lo visto es una eminencia en el mundo del tráfico ilegal de órganos, así como de personas, drogas, armas, animales exóticos, joyas, menaje y pequeño electrodoméstico.

Antes de llamar, Victoria repasa la lista de recomendaciones que su amigo les ha aconsejado que sigan a rajatabla si quieren salir indemnes de aquel antro: no mirar fijamente al ojo de cristal del Cachos; no mirar fijamente su pierna protésica; no mirar fijamente el garfio situado en el extremo de su brazo izquierdo; no mirar fijamente su oreja de carbono; no mirar fijamente al tucán disecado de su hombro y, sobre todo, ir con un mínimo de doscientos euros en billetes de cincuenta si quieren sacar alguna información relevante de su boca. Pero justo antes de que su dedo contacte con el mugriento timbre, el móvil de Victoria empieza a sonar.

—Hola, Raquel, cariño —dice en voz baja, nada más descolgar.

—Tengo un... Me acaban de enviar un vídeo de Frank —contesta su nuera, visiblemente nerviosa y con la voz entrecortada.

—¿Cómo? ¿Un vídeo de Frank? —La expresión facial de Victoria refleja cada una de las letras de la palabra «DRAMA»—. ¡Dios mío, lo sabía! ¡¿Y cuánto piden esos bastardos?! —pregunta, a punto de romper en llanto, imaginando a su pobre hijo maniatado, con una metralleta en la sien e implorando que paguen el rescate o será asesinado en menos de veinticuatro horas. Tan solo el hecho de pensar que su retoño pueda estar pasando por ese infierno hace que Victoria termine explotando. Con los ojos convertidos en un mar de lágrimas, deja salir toda su ira, soltando indescifrables blasfemias entre sollozos, mientras Pili, después de quitarle una cucaracha de la pierna, le ofrece un porrillo de emergencia para tratar de calmarla un poco.

Finalmente, Raquel consigue que su suegra le preste atención:

—¿Ya? ¿Me escuchas, Victoria? Te decía que Frank no ha sido secuestrado, ¿me oyes? *No*. Tranquila, que el vídeo no va de eso. Pero igualmente, estoy muy preocupada, porque sigue sin dar señales de vida, y... como verás, está claro que no está bien. Ahora cuelgo un momento, te lo paso y, cuando lo veas, me llamas y vemos qué podemos hacer, ¿de acuerdo?

Esperando a que le llegue el vídeo de su hijo, Victoria y su amiga descenden por la escalera hasta la planta baja de aquel tétrico edificio. Después de mirar la pantalla del móvil por trigésima vez en menos de veinte segundos, por fin recibe el ansiado mensaje de su nuera. Sin embargo, el dedo le tiembla de tal manera que en lugar de darle al *play*, termina cerrando el *whatsapp* y abriendo la calculadora, el bloc de notas y el *Candy Crush*. Finalmente, Pili le sujeta la mano y, entre las dos, pueden visionar de una maldita vez el vídeo viral en el que Frank —ya con los dientes negros pero sin peluca, ni chichones, ni derrames oculares, ni cardenales por todo el cuerpo, ni tatuajes en los mofletes— hace el baile de los pajaritos al son de Maluma para luego salir disparado hasta terminar colisionando violentamente contra una valla metálica.

Después de ver el vídeo ocho veces para asegurarse de que, efectivamente, aquel chiflado no es otro que su hijo, llama a su nuera. Tras debatir brevemente sobre cuáles deben ser los pasos a seguir, deciden que Raquel se encargará de llamar a la policía para informar de la situación, así como a Conchita, con el fin de que ella y sus amigas se centren en colgar los carteles por la zona del parque de la Ciutadella/Arco del Triunfo, que es

donde todo apunta que los hechos han tenido lugar. Por su parte, Victoria y Pili también se dirigen hacia allí, pues creen que el errático comportamiento de Frank podría haber sido producto de un ataque de nervios y que quizá ahora esté desorientado, tirado en algún parque o deambulando por la zona en estado de *shock*.

Escondido entre unos arbustos, Kevin escribe en el grupo: «Tetes esto sta infertao de mosus!!!!!!e bisto 3coxes patruya suputamadree!!!!aber si el cangrejo nos a echo la pua y era una tranpa joder q puto mal royo ande stais??!!!!». Kenay, que no ha soltado el móvil en toda la mañana, es el único en responder: «Joder no m jodas puto cangrejo cmo aya sio una tranpa lo rebiento putooooo!!!!!!!!!!yo tb e bisto 2 pikoletos antes joder pero no e pensao cabian benio a x nostrs cagondiosssss!!!!!!».

Puesto que ni el mayor ni el más pequeño de sus hermanos dicen nada, Kevin decide hacerles una perdida a cada uno y, en cuestión de segundos, los cuatro vuelven a estar interconectados:

Kílian» Pero q mestas cntando pabooo!!!!yo tb e bisto umpar d mosus antes pero e pensao q joder q es normal no!!!!

Kiko» No kil no es normal!!!!yo tnvien e bisto 4coxes y e flipao un poko laputaaa!!!

Kevin» Y kacemos tetes joder cmo aya sio una tranpa ya podems ir tirando ls armas o bolbems al truyo joder q rabia putoooss!!!!!!!!!!

Kenay» Joder pos yo boi a dejar nterrao l cuxiyo aki destranjis i ls granadas las tirare ai q ai como un barrankillo cn to de arvoles y a tomar x culo!!!!

Kílian» Aber puto retrasao cmo bas a tirar ls granadas jodeer putoloko y si splotan!!!!no lo as pensao ese detaye no puto!!!!mira jilipoya si tas kagao pos las entierras al lao dun arbol pa piyarlas otro dia mongolooo!!!!pero acer lo cossalga d la poya yo e benio aki a rajar a ese puto y seguro q sta aki pq el cangrejo es legal joder no se q coño charlais pabos!!!!

Kenay» A ber kil trunkilo puto primero q na te calmas!!!!iva a tirar ls granads sin kitarles la aniya carapoya!!!!pero bale nen ya las entierro alao dun arvol pa q se meen ncima tos ls perros si stas mas cntento asin trunkilo putoo!!!!

Kiko» Bueno kil aver q el cangrejo tpoco es la madalena d calcuta esa eh????recuerdate d la mobida q tubo cn la peña dl nijeriano!!o con el foskito

q eran cmo ermanos y le pego fuego a su ksa x una poyada!!!!

Kílian» Si claro pq el nijeriano y el foskito si q son monjas berdaa¿¿¿¿¿¿y si ls mosus stan aki pq el ijoputa la liao parda¿¿¿¿¿¿igual q la dstrozao la tienda al papa y la pegao al ombre dl cangrejo pued aber exo mas lokuras y ls mosus van aporel¿¿¿¿¿¿

Kenay» Madremiaa jodeeer ese culito d caramelooo ñaaaam!!!sta noxe te lo boi a comer bien comio ñam ñammm mestas poniendo to perrako xoxooo!!!!!!

La nueva metedura de pata de Kenay provoca un auténtico cataclismo que hace temblar los cimientos del grupo en un momento especialmente crucial. Los primeros en saltarle al cuello son Kevin y Kiko, que le echan un durísimo rapapolvo por su comportamiento inmaduro y su falta de compromiso. Kílian, en cambio, prefiere morderse la lengua y no perder más tiempo con chiquilladas. Erigiéndose en el líder del grupo, se despidió momentáneamente del mismo con un contundente golpe en la mesa en forma de mensaje:

Kílian» Yo me fio dl cangrejo pero x siakaso bolber ls 3 pa la furbona cn el papa y pacasa kgando ostias¿¿¿¿x mi trankis q si bienen ls mosus me subo a un arvol y no mencuentra ni dios¿¿¿¿yo soi el unico ke bisto al pelukas ijoputa y soi el q lo tiene q rebentar¿¿¿¿y se q sta aki y lo boi a rajar darrivavajo¿¿¿¿¿¿¿¿si ls mosus ban a la furbona y ben al papa ai to solo la emos liao¿¿tneis q yegar antes y largarse¿¿¿¿¿¿yo m kedo no boi a djar q ls mosus se yeben al ijoputa sin acerle na¿¿¿¿el q toca al papa muere y punto¿¿¿¿¿¿¿¿y aora no m tokeis ls cjones y acerme caso yo ya no m conecto mas boi a matar a ese ijoputaaaaaa¿¿¿¿¿¿¿¿¿¿

Km 12,95 A pocos metros del lugar donde se le ha aparecido la Virgen, escondido detrás de un árbol —en una imagen de lo más *creepy*—, Frank observa embobado los movimientos de una espectacular chica de casi metro ochenta haciendo yoga en una finísima colchoneta colocada sobre el césped. Pero no es su voluptuosa anatomía, ni el brillo de su rubia melena, ni tampoco la perfección con la que realiza cada asana lo que ha captado su atención, sino los donuts de todos los colores que conforman el simpático estampado de sus *leggings*. Unos donuts que emergen de la tela para ponerse a cantar y a bailar, girando sobre ellos mismos y lanzando confeti, en una

fiesta que llena de colorido el distorsionado campo de visión de Frank.

Después de ejecutar la Postura del Sauce en un alarde de flexibilidad, la joven pasa a colocarse a cuatro patas para llevar a cabo la Postura del Gato, que encadena con la de la Vaca; todo ello sin reparar en que un perturbado, también a cuatro patas —y atraído exclusivamente por los apetitosos dulces que decoran sus mallas—, se le ha ido acercando por detrás hasta tenerlo casi pegado. Las voces celestiales de los Niños cantores del Himalaya, que fluyen cual torrente de agua clara por los auriculares *bluetooth* de la yogui, enmascaran los escandalosos rugidos de las tripas de Frank, que suenan a un volumen similar al de la canción de Andy y Lucas que sale de su reloj.

La primera reacción de la chica al notar unos dientes clavados en su trasero es chillar todo lo alto que su sistema fonador le permite; la segunda, girarse y rociar a su agresor con un spray de pimienta —si bien no logra darle de lleno en los ojos—; y la tercera, con Frank semiincorporado, propinarle una brutal patada voladora en el vientre que termina de arrancarle el dorsal, el cual pendía de un único imperdible desde hacía horas.

Producto del impacto, Frank vomita por enésima vez mientras se retuerce de dolor en el suelo. Después de perder y recuperar la conciencia varias veces en cuestión de segundos, una sucesión de visiones enlazadas a una velocidad vertiginosa asaltan su mente: de pronto se ve a él mismo convertido en donut gigante; volando de la mano de la Virgen Beyoncé; acariciándole la cabeza a Doraemon; comiendo *McNuggets* con Ronald McDonald; patrullando en un coche de policía de Lego; tatuándole una pelota en la frente a Oliver Aton; jugando al corro de la patata con las *runners* del hotel Wella; navegando a lomos de un tiburón blanco junto a Erika Eleniak; dándole zanahorias a Nessie; jugando a los bolos con el tendero; nadando en un mar de ganchitos junto a David el gnomo; tomando el sol con Hermione Granger en el parque de la Ciutadella; chocando contra la valla; siendo atropellado por la silla de doña Petra; comiéndose los diez ositos... Conforme retrocede en el tiempo, las visiones que se le presentan son cada vez más nítidas y ajustadas a la realidad. Visiones que desaparecen de forma fulminante cuando, después de verse a él mismo en su casa, despidiéndose cariñosamente de su mujer y de su hija antes de la carrera, algo en su cerebro le impulsa a abrir los ojos y a ponerse en pie de un salto.

Todavía con la visión algo nublada a causa de la irritación, empieza a gritar, desesperado: «¡Raquel, mi amor, no te vayas, que ya llego! ¡Rita,

cariño, ya voy! ¡Ya viene el papi, mi vidaaa!»). Aunque mantener el equilibrio durante más de tres segundos parece misión imposible, por lo que pasa más tiempo cayéndose y levantándose que de pie. Sin embargo, el principal problema de Frank no es el hecho de no poder dar dos pasos sin desplomarse, sino la cercana presencia del pequeño de los hermanos Contreras.

Alertado por los gritos de la joven agredida, Kílian está a no más de veinte metros de su codiciado trofeo; aproximadamente la misma distancia a la que se encuentra el agente Puigdelívol —uno de los mossos enviados a la zona—, que también ha oído los chillidos.

—¡ALTO, POLICÍA! —grita el agente desde la distancia—. ¡LEVANTE LAS MANOS LENTAMENTE! —le ordena, apuntándolo con su arma al ver que, efectivamente, se trata del loco del globo y la pistola que andaban buscando.

Contemplando con impotencia la escena a través de unos arbustos, Kílian se ve poseído por una ira incontenible. Tras partir las cuchillas de su puño americano tuneado contra el suelo y analizar rápidamente sus posibilidades, concluye que, para poder matar a Frank, primero tendrá que deshacerse del policía. A la velocidad del rayo, tira los puños americanos al suelo y coge el cuchillo jamonero y el hacha de la mochila de Spiderman. Sigiloso como el mismísimo hombre araña, empieza a caminar agachado hacia la posición del agente, al cual piensa abordar por la espalda. Pero para su desesperación, el sicario ve cómo sus planes se vuelven a truncar cuando Frank, de nuevo entre delirios, imagina que la figura medio borrosa que le apunta con una pistola es su odiado Oliver Ojeda.

Convencido de que se encuentra inmerso en una de las innumerables batallas de *airsoft* en las que ambos se enfrentaron en un pasado reciente, acaba tomando una de las peores decisiones de su vida: haciendo caso omiso de las órdenes del agente y rugiendo como un oso furibundo, se mete la mano en los pantalones, saca torpemente el revólver de juguete —que se le escurre de las manos hasta en dos ocasiones ante la mirada atónita del policía— y procede a apuntar al susodicho, que a pesar de saber que el arma podría no ser real, se ve obligado a efectuar un disparo en legítima defensa.

Ya no hay gritos. Ya no hay visiones. Ya no hay luz. Un fino reguero de sangre mana del abdomen de Frank, que yace en el suelo, inmóvil, al tiempo que una lágrima se desliza mejilla abajo por el adusto rostro de Kílian, que

recoge sus bártulos y se esfuma del lugar jurando en arameo por no haber podido aniquilarlo con sus propias manos.

*

La muerte es tan definitiva... La vida, en cambio, está llena de posibilidades.

—Tyrion Lannister (*Juego de Tronos*)

12

El sonido de la sirena de la ambulancia medicalizada se entremezcla con el de la rumba con aires orientales de *La Cachimba* de Los Chichos, generando un caos sonoro difícil de gestionar.

—¿De dónde sale esa mierda? —le pregunta el médico al enfermero que le acompaña, mientras lidia para que no se termine de romper el finísimo hilo del que pende la vida de Frank—. Me va a explotar la cabeza.

Una vez localizado el origen de la melodía infernal, el enfermero empieza a trastear el reloj y, en cuestión de segundos, consigue que el interior de aquella ambulancia equipada con la más alta tecnología médica deje de parecer un karaoke.

Después de pulverizar un banco de madera a patadas, de arrancar una papelera metálica a puñetazos y de partir en dos un pobre cactus de un cabezazo, Kílian se va de Montjuïc cabizbajo y con la frente llena de pinchos. «El ijoputa sta muerto», les comunica a sus hermanos, que no tardan ni diez segundos en responder.

Kevin» Weeeeeee!!!!!!Joder kil eres l putoamooo!!!!!!

Kiko» Makinoteeeee!!!!t puedo yamar aora kil?????

Kílian» No yamar no q no stoi pa ostias!!!

Kevin» Pero tio no stas cntento o q putooo????!!!!cas exo cn el cuerpo dl ijoputa???no tabra bisto nadie no????!!

Kiko» Es verda nen parece q bengas dun entierro enbez daber matao al pelukas putoo!!!!oy ns vamos d fiestaka lokoooo!!!!!!

Kílian» No lo e matao yo!!!!!!

Kiko» Joder no m jodas y kien lo a matao????!!!!!!

Kílian» Un mosu d mierda ijoputa si lo piyo lo rebiento!!!me lo a kitao cuand lo tnia a tiro pa clabarle la acha en tol melonako putoooooo!!!!!!

Kenay» Bueno kil aber no pasa na nen ya sta muerto no pos yasta no t rayes tete!!el papa sta bengao!!!!!!

Kílian» Tu caya pajihero puto q me tiens cntento sta mañana!!!mas defraudao putoo!!!!!!enserio nosotrs 3 ai a muerte bengando al papa y tu tol

dia guarreando en la guarriya esa putocerdo; te piyo aora y t meto la picha padentro dun patadon putooooo;iiiiiiiiiii

Tristemente, el diagnóstico de Kílian se ajusta bastante a la realidad. A pesar de los intensos esfuerzos del propio agente Puigdemívol para detener la hemorragia, así como del personal de la ambulancia para reanimar y mantener las constantes vitales del pobre Frank, su cuerpo parece haber dicho basta. El efecto devastador de la droga en su organismo, unido a una importante pérdida de sangre, hacen que llegue al hospital en estado de coma.

Ocho días más tarde, después de una semana absolutamente infernal para Raquel y Victoria, continúa sin responder a ningún tipo de estímulo. Ni los miles de besos de su mujer, ni los infinitos abrazos de su hija, ni las fábulas que tanto le gustaban de pequeño y que no ha parado de leerle su madre... Nada consigue hacerlo reaccionar; lo cual, unido a las no demasiado halagüeñas noticias por parte de los doctores, dibujan un panorama desolador.

A pesar de que la inflamación de los hematomas de la cabeza ha desaparecido, de que la mayoría de las heridas ya están prácticamente curadas, de que el negro de sus dientes se ha ido casi por completo y de que ya no huele a una mezcla de sudor, sangre, vómito y excrementos, su aspecto general sigue siendo penoso.

—Hola, cariño —le dice Victoria a su nuera al entrar en la habitación.

—Hola —responde Raquel, visiblemente demacrada. Después de darle dos besos y un cariñoso abrazo a su suegra, le hace entrega del periódico deportivo que llevaba casi dos horas leyéndole a su marido. La tristeza de sus ojos, así como las profundas ojeras que los rodean, reflejan su estado anímico y las noches sin dormir—. Ya le he leído casi todas las noticias de fútbol. Creo que la sección de motor también le gusta bastante.

—Muy bien, preciosa. Ahora se lo leeré —dice mientras acaricia a su hijo, esforzándose sobremanera para no llorar, cosa que siempre sale a hacer al pasillo.

—¿Cómo está Rita? —pregunta Raquel, que prefirió explicarle a su hija que su padre «está malito y tiene que dormir mucho».

—Bien, bien, la verdad. Jugando con su prima se le olvida todo, ya sabes. Aunque me ha preguntado si hoy también podía venir. Es tan dulce... Por

cierto, que he hecho croquetas de setas y mijo de las que te gustan tanto. Te las he dejado en el microondas, ¿vale? Prométeme que te las comerás —le pide a su nuera mientras le acaricia la mejilla.

—Muchas gracias, Victoria, de verdad.

—Sí, ya, muchas gracias, *pero cómetelas*, ¿vale, cariño?

—Lo intentaré —contesta Raquel, agradecida.

—Muy bien, cielo. Ahora vete y descansa, que... Ay, otra cosa, que se me olvidaba; ¿te has enterado de lo de Ojeda? —pregunta Victoria, agarrando a su nuera por la muñeca.

—No, ¿qué le pasa, ahora, a ese? —Una mueca de profundo desprecio se queda instalada en el rostro de Raquel.

—Pues que... Ya sabes que él también participaba en la carrera de Frank, ¿no? Pues resulta que... Bueno, por lo visto, su mujer va diciendo por ahí que le dio un golpe de calor y blabla, pero... No lo sé, pero es todo muy raro. — Como si fuera a revelar una información confidencial de gran trascendencia, Victoria mira a lado y lado, baja el tono de voz y prosigue con el chismorreo —: La cuestión es que se ve que terminó detenido, porque...

—¿*Detenido*? —la interrumpe Raquel, sorprendida.

—Sí, sí, *detenido*. Se ve que lo detuvieron a media carrera por escándalo público. Según dicen, se quitó los pantalones y empezó a enseñarle el pene a la gente, y a decir burradas... sexuales, ya sabes... Sí, sí, se ve que fue un *show*.

Efectivamente, la información de Victoria describe de forma bastante fidedigna los hechos acaecidos el fin de semana anterior. Lo único que no es cierto es que —tal como va explicando la mujer de Ojeda— el ataque de exhibicionismo de su marido fuera debido a un golpe de calor, sino a los efectos de la droga. Concretamente, la droga que contenían las gominolas del doctor Van der Zwaanswijk y que él también consumió.

Programador de profesión, el acérrimo enemigo de Frank le *hackeó* el correo electrónico un par de años atrás, por lo que en todo momento estuvo al corriente de sus tejemanejes con aquel doctor de pacotilla. Así pues, como era de esperar, Ojeda no quiso quedarse atrás y también terminó ingiriendo sus diez ositos mágicos antes de empezar la carrera.

—Madre mía, qué lamentable —comenta Raquel con la mirada perdida, tratando de visualizar la escena y de entender cómo un golpe de calor puede llevar a alguien a comportarse así—. No sé qué pensar, la verdad... Ya sabes

que a mí Ojeda también me cae bastante gordo, pero... Uf... En el fondo da un poco de lástima, ¿no?

—Q... que se... que se joda —contesta Frank, esbozando una sonrisilla traviesa que deja entrever sus dientes rotos.

*

Es un honor inmenso que hayas llegado hasta aquí. Espero que te lo hayas pasado casi tan bien como Frank engullendo ganchitos. Si es así, aprovecho para recomendarte Operación Bukkake, una novela que, casualmente, también he escrito yo. En ella podrás conocer al bueno de Frank en su estado natural, vestido de no-runner y sin sustancias alucinógenas navegando por su torrente sanguíneo; así comprobarás que no le hacen falta drogas para meterse en toda clase de líos.

Si por algún extraño motivo quieres saber más de mí, o ver las tonterías que cuelgo en instagram, soy @javiergurb

Mil gracias (dos mil si dejas una reseñita chula de la novela por ahí).

Salud.